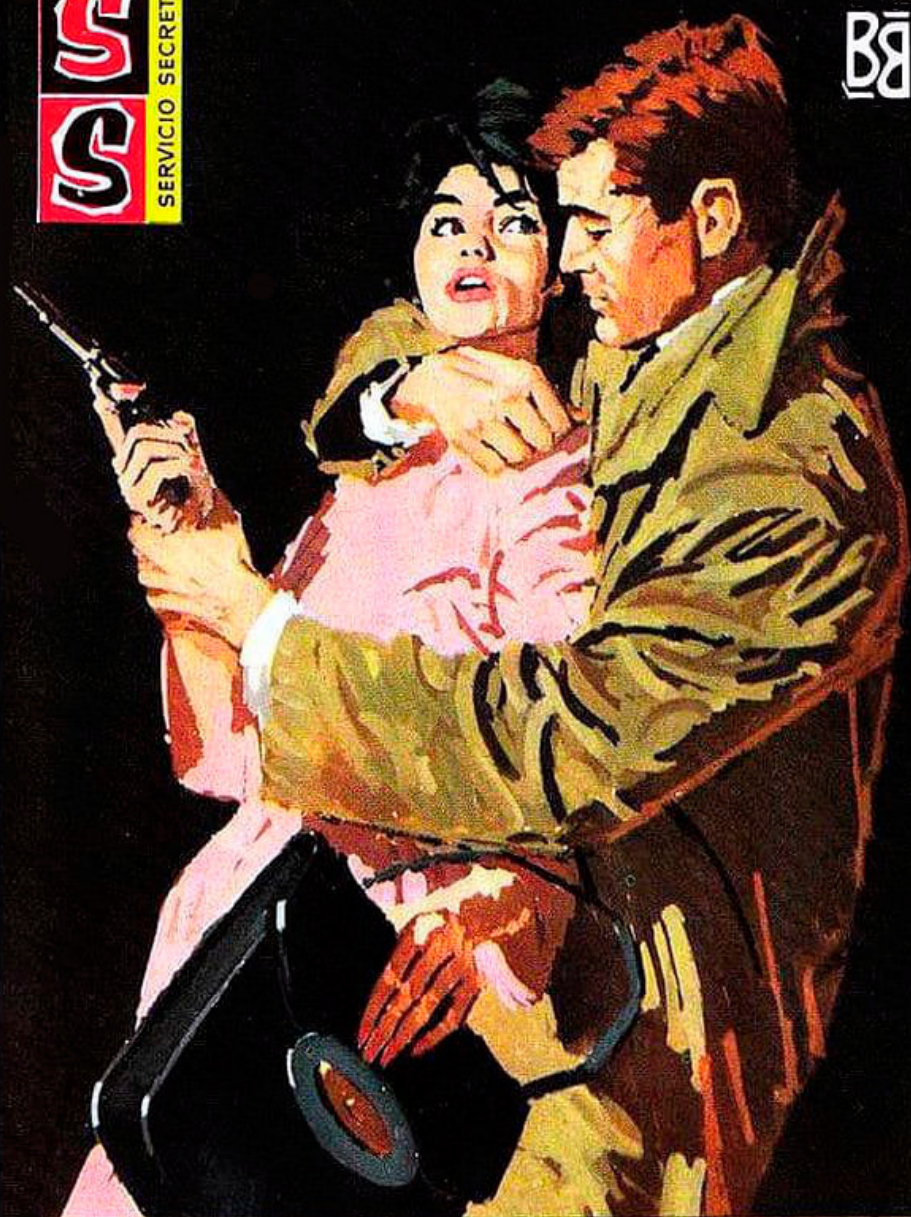




BB



RETO A UNA CIUDAD

keith luger

Mike Lennon vuelve a la ciudad de Templetown, después de pasar cinco años trabajando para una compañía holandesa de petróleos en la lejana isla de Borneo. Su intención es investigar la sospechosa muerte de su hermano y demostrar que no fue el asesino que todos piensan.

Pero la mayor parte de la población, incluida la policía, se pondrán en su contra en aquella podrida ciudad. Intentan evitar el esclarecimiento de los verdaderos móviles que llevaron a la trama de corrupción que impera en la población, a usar a su hermano como cabeza de turco.

Luchando con todas sus fuerzas, contra todo y contra todos, ayudado sólo por una joven pelirroja llamada Judy, desvelará, no sin trabajo, los turbios asuntos que tienen su centro en un local de alterne llamado «Paraíso». Consiguiendo tras un sinnúmero de vicisitudes, limpiar el buen nombre de su hermano fallecido, acusado injustamente de asesinato.



Keith Luger

Reto a una ciudad

Bolsilibros - Servicio Secreto - 612

ePub r1.0

Lds 03.10.17

Título original: *Reto a una ciudad*

Keith Luger, 1962

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**Reto a
una CIUDAD**

CAPÍTULO PRIMERO

Mike Lennon tomó la curva a una velocidad moderada. Eso le salvó de morir.

Era, una curva muy cerrada y justamente al salir había un camión detenido con las luces apagadas.

Pisó el pedal del freno mientras cogía con fuerza el volante.

A pesar de eso, su coche, un «Ford» modelo 1959, se fue contra el mastodonte. Dobló hacia la derecha haciendo gemir los neumáticos y la carrocería.

Finalmente, el «Ford» se detuvo bamboleándose.

Mike sintió que la cólera le nacía en el pecho, que le subía por la sangre hasta la cabeza.

Abrió la portezuela y saltó fuera.

El aire frío de la noche le azotó la cara.

Cruzó la carretera con grandes zancadas encaminándose al lugar donde estaba el camión.

No había nadie en la cabina, y se movió hacia la parte del motor, yendo junto al guardabarros.

De pronto una luz le enfocó la cara, cegándole.

—¿Quién va? —dijo una voz.

—¡Baje esa condenada linterna! —contestó Mike. El hombre la bajó.

Entonces, Mike Lennon pudo ver al hombre que tenía delante. Era un policía.

—¿Es que se ha vuelto loco, agente? —dijo Mike.

—¿Qué le pasa, amigo?

—He estado a punto de matarme con el camión.

—Seguramente tomó la curva a una velocidad por encima de la reglamentaria.

—No, agente. No fue así. Si hubiese ido a más de sesenta, ahora tendría los sesos desparramados en el interior de mi coche. Además, este camión no tiene luces en la parte trasera.

—Tuvo una avería.

—Debió conservar la luz piloto.

En ese momento apareció otro hombre por detrás del agente. Era un tipo grandullón que se vestía con una cazadora de cuero y sombrero de ala corta echado sobre la nuca. Debía medir uno noventa y pesar más de noventa kilos. Se estaba limpiando las manos con un trapo sucio.

—¿Qué le pasa a este tipo, Andy? —preguntó, depositando su mirada en la cara de Lennon.

—Está protestando.

—Sí, ¿eh?... ¿Qué se cree el muy cerdo?

Mike sintió otra vez que la cólera le hacía un nudo en la garganta.

—¿Es usted el dueño de este camión?

—No. No lo soy. Pero como si lo fuese.

—Debió de poner una señal en la carretera.

—Cierre la boca. Le tendrá más cuidado.

Mike inspiró profundamente aire para calmarse. Se dirigió al policía.

—Si no me equivoco, es usted un representante de la autoridad.

—Seguro —asintió el llamado Andy.

—¿Y qué opina de esto?

Andy se rascó con la mano, libre en una mejilla. Con la otra seguía manteniendo la linterna encendida.

—No creo que aquí haya pasado nada. Mike frunció el entrecejo.

—¿Usted cree que no, agente?

—Yo no he visto nada.

—Ya comprendo, usted es ciego y al parecer también mudo. El grandullón escupió un salivazo al asfalto de la carretera.

—Déjamelos a mí, Andy.

—Espera un momento, Bucht —dijo Andy, y tras de una pausa agregó—: Usted, compañero, debe hacer una cosa ahora.

—¿El qué? —preguntó Mike.

—Va a dar media vuelta y se va a largar.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído No puede continuar viajando por aquí.

—Me dirijo a Templetown. ¿Me va a decir que está interceptada la carretera?

—No, no lo está.

—Entonces seguiré hacia Templetown.

—No, no lo haga, compañero.

—Creo que voy comprendiendo... Esto no fue accidental. Ustedes me estaban esperando. Pusieron el camión en el camino para que me estrellase.

Bucht sonrió por el tajo de su boca.

—Muy bien, señor Lennon, usted es un gran adivino. Ahora saque las consecuencias y empiece a largarse de aquí.

—¿Quién les paga? ¿Es el propio jefe de la policía? ¿El alcalde? ¿O qué otro hijo de perra?

Andy sacudió la cabeza.

—Frene su lengua, señor Lennon.

—Debo frenarla, ¿verdad?, o me meteré en un lío más gordo.

—Sí, creo que sí, señor Lennon, pero no hace falta que llevemos las cosas adelante. Usted se debe dar cuenta de todo —señaló el «Ford» que estaba estacionado al otro lado—. Ande y márchese.

—Voy a Templetown —insistió Mike. Bucht apartó, al agente.

—Yo sé el lugar al que usted va a ir, Lennon. A un hospital. Y le aseguro que va a pasar allí una buena temporada.

Disparó el puño derecho contra Mike y éste burló a medias el golpe, porque recibió un impacto sesgado en el hombro.

Se fue contra el camión y Bucht lo siguió para colocarle la izquierda.

Mike le soltó un trallazo en el hígado. Era su golpe favorito y resultaba condenadamente efectivo.

Bucht empezó a derrumbarse y Mike le asestó un mandoble con el filo de la mano en el maxilar.

Sonó un chasquido de hueso roto y Bucht se desplomó en el suelo lanzando grito de dolor.

—¿Qué es lo que ha hecho? —exclamó Andy a sus espaldas.

Se volvió al tiempo de ver que el policía llevaba la mano a la pistola.

—Deje el arma quieta, agente.

—Ha matado a Bucht.

—No, no lo he matado. ¿No ve cómo se mueve ese reptil? Tendrá cuerda para mucho tiempo, desgraciadamente. Tipos como él merecen estar en el hoyo.

A pesar de sus palabras, el agente sacó la pistola.

—Le voy a pegar dos tiros, Lennon.

—No sea loco, Andy.

—Si, se los voy a pegar —dijo Andy con voz rabiosa.

—¿Por impedir que Bucht me machacase los huesos? El agente titubeó.

—Le dijimos que se marchase.

—Soy un ciudadano libre y puedo ir donde me plazca.

—Usted puede ir a cualquier parte menos a Templetown.

—Eso ya lo dijo antes, agente.

—Le voy a conceder un minuto para que de media vuelta y se meta en el coche. Hágalo o le juro que le meto una bala en el muslo.

Bucht rabiaba de dolor, dando vueltas en la carretera, con las manos encorvadas sobre su cara.

—Ande, lárguese —repitió Andy.

—Está bien, agente. Ya me voy.

Mike se volvió para emprender la marcha hacia el «Ford», pero, de pronto, saltó sobre el agente golpeándole en la mano armada.

La pistola cayó al suelo, pero Andy levantó la rodilla con fuerza y la incrustó en el vientre de Mike.

Lennon se desplomó en el suelo y en esa posición Andy le volvió a golpear con la rodilla en la cara.

—¡Yo haré el trabajo de Bucht! —Oyó que gritaba Andy.

Por unos instantes, se sintió cegado por ondas lacerantes de dolor que le arrancaban lágrimas de los ojos.

Alargó la mano instintivamente y consiguió frenar el nuevo patadón que le soltaba Andy.

El agente perdió el equilibrio y tuvo que dar media vuelta para apoyarse en el guardabarros y evitar la caída.

Mike se levantó sintiendo en la boca el sabor acre de la sangre. Vio que Andy se arrojaba sobre él blandiendo la linterna.

Levantó el antebrazo para impedir que el agente le alcanzase en la cabeza. Hundió el otro puño en el estómago de Andy, quien se vino hacia adelante. Entonces, Mike le descargó un cabezazo entre

los dos ojos.

Andy se desplomó lanzando un gemido y quedó semiinconsciente.

Mike se volvió para regresar a su coche. Lo hizo coa paso inseguro y en el camino oyó los aullidos que Bucht seguía lanzando.

Abrió la portezuela de junto al volante y se sentó.

Puso el motor en marcha y el coche arrancó con un rugido salvaje.

Un cuarto de milla más allá, aminoró la velocidad del «Ford» y abrió la gaveta sacando un frasco de *whisky*.

Los labios le escocieron, porque los tenía maltratados, pero sintió el *whisky* correr por la garganta hasta el estómago y se sintió mucho mejor.

Media hora más tarde, después de remontar una colina, observó las luces de Templetown.

Sí; aquello era la ciudad donde él iba a ajustar cuentas.

CAPÍTULO II

Se detuvo en la estación de gasolina de Erne Storm. Todo continuaba lo mismo que cinco años atrás.

Vio al viejo Ernie a través de la vidriera de la oficina. No había otra persona a la vista. Mike hizo sonar el claxon.

El viejo Ernie miró hacia afuera e hizo una señal con la mano para que esperase. No, desde aquella distancia Ernie no podía identificarlo.

Mike sacó un cigarrillo y le prendió fuego.

Ernie salió de la oficina arrastrando los pies. Se cubría con un mono azul y camisa a cuadros. Las luces de neón daban a su cara una palidez cadavérica.

—¿Cuánto? —preguntó desde el motor. Mike bajó por la portezuela.

—Veinticinco.

Entonces Ernie se fijó en él y quedóse con la boca abierta.

—Lennon, Mike Lennon... ¡Condenado muchacho! —empezó a reír, pero, poco a poco, fue desapareciendo la sonrisa de sus labios.

Mike sacudió la cabeza.

—¿Cómo estás, Ernie?

—Perfectamente —dijo Ernie, frotándose envarado las palmas de las manos en las perneras—. A ti no hay que preguntarte, Mike, estás fuerte como un roble.

—Sí, Ernie.

—Me dijeron que estuviste todo este tiempo en una isla, allá en el Pacífico.

—En Borneo.

—Petróleo, según creo.

—Sí, he trabajado por cuenta de una Compañía holandesa.

Ahora estoy en vacaciones.

—De paso hacia Atlanta, ¿eh? —dijo Ernie, y miré la carretera que conducía al Este.

—No, Ernie —repuso Mike, y, después de dar una chupada al cigarrillo, agregó mientras lanzaba el humo—: Me quedaré aquí.

Ernie carraspeó, y tras rascarse en la nuca acudió al poste de gasolina y se dedicó a su trabajo.

Cuando hubo terminado, enroscó el tapón del depósito y volvió a carraspear.

—Oye, Mike, yo creo que deberías pasar de largo...

—¿Te ha costado mucho trabajo decirlo, Ernie?

—Bastante —asintió el viejo, y se le quedó mirando—. Esta ciudad sería muy peligrosa para ti, Mike.

—Ya lo sé.

—No has debido venir.

Mike se quedó contemplando la ceniza, del cigarrillo.

—Hay cosas que uno no puede evitar, Ernie. Tú creías en el destino de cada cual, ¿te acuerdas?

—Sí, yo he sido siempre fatalista. Por eso mismo te digo que debes continuar tu camino.

—¿Sabes una cosa, Ernie? Ya me encontré con el comité de recepción. Ellos me dijeron lo mismo que tú, que Templetown es una ciudad que no debo pisar.

—Debiste hacerles caso.

—¿De qué parte estás tú, Ernie?

Ernie se miró la punta de las botas y luego alzó los ojos diciendo:

—No me gustaría que lo tomaras así, Mike. Palabra que no. Sabes que siempre te he apreciado...

En aquel instante se oyó el ronquido de un motor.

Un camión avanzaba a gran velocidad, pero al pasar frente a la estación, aminoró la marcha.

Mike vio en la cabina a los dos hombres con los que se había tropezado en la carretera. El agente Andy estaba al volante. Bucht tenía un pañuelo alrededor de la cabeza que le sujetaba la mandíbula.

Los dos hombres, Andy y Bucht, miraron hacia Mike y éste observó cuánto odio había en sus ojos.

El camión siguió su camino hacia la ciudad.

—De modo que fueron ellos —dijo Ernie.

—¿Qué te debo?

—Nada, la casa invita.

—No, Ernie. Prometí que cuando llegase a Templetown lo pagaría todo. —Hizo una pausa—. Todo.

—Está bien —dijo Ernie.

Le dijo lo que tenía que abonarle por el importe de la gasolina y Mike le dio unos cuantos billetes y se guardó el cambio.

—Quieres pelea, ¿eh, Mike? —dijo cuando el joven se hubo metido en el coche. Mike le habló por el hueco de la portezuela.

—No tenía más remedio que venir, Ernie. He tenido pesadillas y no creas que todas fueron de noche. También las tuve de día. Tenía que venir a esta cochina y podrida ciudad...

—¿Qué va a pasar ahora, Mike?

—Lo que pase no va a ser cuenta mía. —Mike puso en marcha el motor.

El viejo Ernie se quedó mirando el coche que se alejaba y sacudió la cabeza pensativamente.

Mike detuvo el «Ford» junto al bordillo de la acera, ante el «Hotel Georgia».

Los negocios estaban cerrados, aun cuando a través de las vidrieras se viese todavía a algunos dueños.

Dos manzanas más arriba del hotel se ubicaba el bar de Joe. Por el hueco de los batientes se escapaban las notas discordantes de un *rock*.

Mike sacó su valija del portaequipajes y entró en el hotel.

En el registro había un muchacho de cabello rubio y cara granulenta.

—Una habitación, chico —dijo Mike.

El rubio siguió masticando goma mientras abría el libro.

Mike hizo la inscripción colocando su verdadero nombre, Michael Lennon, de profesión ingeniero, residencia habitual, Sarawaj (Borneo). Motivo: Vacaciones.

—Habitación nueve —dijo el rubio, alargándole la llave.

Se oyeron pasos más allá de las cortinas y éstas se movieron, dando paso a un hombre que tenía las manos ocupadas con un diario.

Era un tipo de unos cincuenta años de edad con lentes de alta graduación, frente estrecha y nariz arrugada.

—¡Mike! —exclamó.

—¿Cómo te va, Spencer?

—¿Tú...? ¿Tú en Templetown?

El muchacho rubio se había dejado de mover los maxilares y miraba con mucha atención a Mike.

—Voy a descansar un poco —dijo Mike. —Hasta luego.

Tomó la valija, pero el muchacho rubio salió rápidamente del Registro.

—Yo le ayudaré, señor Lennon.

—Gracias —dijo Mike.

Los dos subieron por la escalera.

La habitación número nueve tenía una ventana que daba a la calle principal. Desde ella, Mike examinó la parte de enfrente donde estaba el Banco, el edificio del Centro Agrícola y el negocio de Alex Perkins.

A través del gran escaparate vio al propio Alex con su calva reluciente, examinando los objetos de plata que exhibía en uno de los estantes.

Oyó que el muchacho rubio tosía a sus espaldas y se volvió buscándose unos billetes en el bolsillo.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Will Adams —contestó el rubio, sonriendo.

—¿Quieres hacerme un favor, Will?

—Desde luego, señor Lennon. Yo le conozco a usted.

—¿Sí?

—Quiero decir que he oído hablar mucho de usted... La verdad es que lo vi unas cuantas veces antes de que usted se marchase de aquí.

—Bueno, Will, quisiera que me trajeses el diario local.

—Sí, señor Lennon.

Mike le alargó dos billetes de a dólar.

—Sólo cuesta veinticinco centavos.

—El resto para ti.

—Gracias, señor Lennon.

El muchacho se marchó y Mike se puso a deshacer el equipaje, colocando su ropa interior en los cajones del armario.

En el fondo de la valija tenía una botella de *whisky*. Pasó al cuarto de baño y cogió el vaso.

Se preparó una buena ración de *whisky* sin agregarle agua y bebió un trago. Abrió la llave de la ducha y la alcachofa soltó un chorro.

Entonces se desvistió rápidamente, sintiéndose confortado, mientras resbalaba el agua por su piel.

Oyó que la puerta del apartamento se abría.

—¿Sí, Will?

No obtuvo respuesta.

Abandonó la bañera y se cubrió con una toalla, con la que empezó a frotarse mientras salía.

Interrumpió su camino al ver al hombre que estaba sentado cerca de la ventana. Era Duff Madigan.

Duff había engordado todavía más desde que lo vio por última vez. Tenía una gruesa papada bajo la barbilla. Sus ojos seguían siendo pequeños, la nariz de búho. Se cubría con camisa azul y corbata negra y tocaba la cabeza con gorra de plato donde habían unos signos que indicaban que él era el jefe de la Policía. También tenía galones en las hombreras y su pantalón era de color azul marino. Calzaba con zapatos de suela muy gruesa.

Los dos se miraron durante un rato sin decir nada.

—Hola, Mike.

—¿Cómo está, jefe?

—Muy bien.

—¿Acepta un trago?

—No, Mike.

Mike siguió frotándose mientras se acercaba a la cama. Alargó la mano, tomó el vaso de la mesilla y sentóse en el borde del lecho.

Duff Madigan dio un suspiro.

—¿Qué has venido a hacer aquí, Mike?

—Echaba mucho de menos mi pueblo.

—Podías haber escrito una carta y yo te hubiese contado las últimas novedades.

—No habría sido suficiente, Duff. Soy de los que les gustan ver las cosas con sus propios ojos.

—Supimos que te iban bien los negocios.

—No me puedo quejar.

Duff miró hacia la calle y dijo con voz ausente:

—Siempre me dije que tú eras un muchacho listo y que sabrías abrirte camino en la vida.

—Gracias, Duff.

Madigan volvió a mirar al joven.

—Eso es lo que me ha ayudado en mi carrera a ser lo que soy. Mi golpe de vista. Lo llaman intuición.

Mike bebió un trago del vaso.

—A propósito, jefe, no me gustó que me enviase a esos dos hombres.

—Oh, sí, te refieres a Andy y a Bucht.

—Me refiero a ellos.

—Le diste un mal golpe a Bucht, muchacho. Lo han tenido que llevar al hospital.

Seguramente tiene la mandíbula fracturada.

—Mala suerte para él.

—También es mala suerte para ti... Te puedo detener, Mike.

—¿Por qué?

—No se puede pegar a los ciudadanos y tú has causado lesiones a Bucht. Andy quiso presentar la denuncia en cuanto llegó a la oficina, pero yo le dije que esperase.

—Usted es muy generoso, jefe. Madigan arrugó el ceño.

—Le dije a Andy que hablaría contigo y que lo arreglaría —se masajeó el mentón.

—Estupendo.

—Templetown sigue siendo una ciudad vulgar. La puedes ver desde aquí. Las mismas caras, las mismas apetencias... Ocho mil hormigas que se arrastran por el mismo sendero. Todas quieren llevar algo entre sus pinzas. Unas para comer de momento. Otras para guardar en el granero.

Mike cruzó los brazos y miró al trasluz el *whisky* que había en el vaso.

—¿Te aburro, Mike? —dijo Duff.

—Oh, no, jefe —le sonrió Lennon—. Por mí puede continuar. Se quedó en las hormigas que buscan el granero.

Los músculos faciales de Madigan se atirantaron y en sus ojos hubo un brillo de ira, pero luego su cara se relajó y sus ojos volvieron a mirar casi sonriendo.

—Recogerás tu equipaje y te marcharás.

—¿Sí, jefe?

—Ahora.

—No me voy a marchar. Me quedaré aquí.

—Es el único modo de arreglarlo. Ya sabes, me estoy refiriendo a la denuncia de Bucht.

—Sí, una denuncia por lesiones —hizo una pausa—. Tuve que pegarle a Bucht para que no me enviase al hospital. Fueron sus palabras y Andy se las puede repetir. Esos dos hijos de perra me estaban esperando en la carretera. Un bastardo mucho mayor que ellos les dijo que yo no podía llegar vivo a la ciudad. Me libré de una muerte segura por milagro. Luego quisieron pasarme por la máquina de hacer picadillo. Fracasaron las dos veces y aquí estoy. Ésa es la historia, jefe. La única.

En el silencio que siguió en la estancia, se pudo oír la música que brotaba del bar de Joe.

Madigan movió la cabeza lentamente.

—A veces me pregunto por qué somos tan tercos... Hay decisiones que resultan fáciles, pero nosotros lo complicamos. No sabemos elegir —su grueso dedo índice apuntó a Lennon—. Es lo que te pasa a ti ahora. Lo sencillo es que te marches. Lo complicado que te quedes.

—Quizá sea complicado para mí, pero también lo será para otras personas. ¿No le parece, señor Madigan?

Duff se le quedó mirando un rato sin replicar y luego se puso en pie. Lo hizo trabajosamente, como si le doliesen los riñones o las piernas. Caminó lentamente hacia la puerta, pero, antes de alargar el brazo hacia el tirador, se volvió.

—Es una lástima —dijo—. Sí, señor. Una verdadera lástima —se mojó los labios con la lengua—. No habrá denuncia, Lennon.

—Gracias, jefe.

—Pero sigo diciendo que deberías largarte. Sí, Mike. Lo sigo pensando.

—Yo le diré cuándo me voy a ir, jefe.

—¿Sí, Mike?

—Me marcharé cuando haya demostrado que mi hermano no fue un asesino.

El jefe de la Policía de Templetown chascó la lengua. Fue a decir

algo, pero luego abrió la puerta y salió de la habitación silenciosamente.

CAPÍTULO III

Llamaron a la puerta.

—Adelante.

El muchacho rubio entró con el diario y se lo alargó.

—Perdone, señor Lennon, pero no entré porque el patrón me dijo que se había llegado a visitarle el jefe de la Policía.

—No te preocupes, Will.

El empleado hizo un saludó y se marchó.

Mike miró la primera página. Templetown era una mudad donde no ocurría nada. El editorial se ocupaba de los jardines que el Ayuntamiento estaba construyendo en la parte oeste.

Mike apartó a un lado el diario.

Apuró de un trago el contenido del vaso y se dedicó a vestirse. Cuando hubo terminado, abandonó el apartamento.

De pronto se abrió una puerta en el fondo del pasillo una mujer salió corriendo de la habitación.

Mike no tuvo tiempo para apartarse. La joven tropezó con su pie y cayó en el suelo dando un chillido.

Un hombre salió de la estancia que ella acababa de abandonar. Estaba en mangas de camisa y era muy fuerte, de cabello rizado y ojos brillantes.

Mike se había retirado junto a la pared.

El hombre pasó por su lado y, agachándose sobre la mujer que empezaba a levantarse, la cogió por el cabello y tiró de él.

—¿Qué te pasa, estúpida?

Mike vio la cara de la chica. Parecía muy joven, pero estaba exageradamente pintada y su cabello era del color de la caoba.

—¡Suéltame, maldito! —gritó.

—Anda y levanta.

—Me vas a sacar la peluca...

—Eso es lo que mereces, que te rape.

Ella le pegó un puntapié en la espinilla y dio un tirón, tratando de librarse, pero frenó porque el hombre siguió sujetándola por el cabello.

De pronto él le descargó una bofetada en la cara.

Mike puso la mano en el hombro del tipo, tiró de él violentamente y cuando el otro volvía la cara, le conectó el puño en la barbilla.

El individuo dejó libre a la joven y se desplomó en el corredor.

—¡Dios mío! —exclamó la pelirroja. Mike la miró.

—Anda, echa a correr.

La joven se mordió el labio inferior, miró al caído, que estaba semiinconsciente, y luego a Mike.

—No se quede. Jim tiene muy malas pulgas.

—Ya lo he visto.

La joven empezó a marcharse por el corredor y al llegar junto a la escalera volvió la cabeza.

—¡No se quede ahí! —repitió.

—Está bien.

Ella hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Gracias por su ayuda.

—No hay de qué.

Jim empezó a incorporarse, aunque lo hacía con molimientos inseguros. La joven desapareció por la escalera.

Mike se apoyó en la pared, sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios, prendiéndole fuego con la llama del fósforo.

Jim sacudió la cabeza, tratando de enfocar la imagen de Lennon.

—De modo que se las dio de valiente...

—No, Jim. Sólo intervine porque no me pareció bien que le pegase a una mujer.

—Un entrometido, ¿eh?

—Se equivoca nuevamente. Lo que haya entre ustedes me tiene sin cuidado. Le repito que sólo intervine por la bofetada.

El tipo se frotó con el dorso de la mano el lugar donde él le había golpeado.

—¿Sabe una cosa, míster?

—Lennon, Mike Lennon.

—Muy bien, Mike. Lo voy a tirar abajo.

—No lo intente.

—Se cree muy fuerte, ¿eh?

—No. No me creo nada, pero ya quedamos en paz.

—Lo estaremos cuando le haya zurrado —se subió los pantalones y empezó a acercarse a Lennon.

Mike continuó, apoyado en la pared con el cigarrillo en la boca.

Jim le lanzó el puño izquierdo de abajo arriba para cazarle el estómago.

Lennon paró fácilmente el disparo y utilizó su izquierda para castigarle duramente el hígado.

A Jim se le fue todo el aire por la boca y echóse encima de Mike con la cara congestionada.

Lennon lo atrapó por el cuello de la camisa.

—Oiga, Jim, no soy un peleón. Déjeme en paz, ¿quiere?

El otro no dijo nada porque no tenía fuerzas ni para mover la cabeza.

Mike se apartó de él y Jim se aplastó contra la pared, cogiéndose el estómago.

El rubio Will estaba en el Registro y Mike se dio cuenta de que había estado atento a los ruidos que procedían de arriba.

—¿Le ocurrió algo, señor Lennon?

—Nada de importancia —repuso Mike, y salió a la calle.

Miró hacia el negocio de Alex Perkins y no vio al calvo a través de la cristalera.

Entonces cruzó a la otra parte pasando frente al Banco, y se detuvo ante las puertas del bar de Joe.

Ahora la pianola guardaba silencio.

Empujó los batientes y se metió dentro.

Joe, el dueño del bar, estaba tras el mostrador sirviendo un vaso de *whisky* a Ralph Hogan, uno de los redactores de «El Eco de Templetown».

Mike se dio cuenta de que estaban hablando de él porque los dos guardaron silencio.

—Bienvenido, Mike —dijo Joe.

Lennon no dijo nada. Estaba inmóvil en el umbral mirando hacia el fondo donde estaban los reservados, separados unos de otros solamente por paneles de madera de una altura de un metro. En el

primero de ellos vio a la pelirroja del hotel que hacía compañía a una rubia. La pelirroja debía estar contando la historia de cómo había escapado de las manos de Jim y Mike apostó que lo estaba describiendo a él cuando levantó una mano muy por encima de su cabeza, queriendo indicar su talla.

Mike se acercó al mostrador.

—¿Cómo van las cosas por aquí, Joe? Buenas noches, señor Hogan.

Hogan emitió un cacareo. Tomó el vaso de *whisky*, lo bebió de un solo trago y se apresuró a poner una moneda sobre el mostrador.

—Hasta la vista, Joe —miró por el rabillo del ojo a Mike y salió del local.

—¿Dónde es el fuego? —sonrió Mike. Joe meneó la cabeza.

—Tendrás que acostumbrarte. Para la mayoría de las personas de aquí es como si tuvieses la lepra.

—Sí, Joe. Me hago cargo.

—¿Lo de siempre?

—Sí. Lo de siempre Joe le preparó un *whisky* doble.

Mike miró hacia el reservado donde estaban las mujeres y vio a las dos con la cabeza vuelta hacia él, mirándolo. Hizo un saludo y la pelirroja le correspondió con una sonrisa. Joe se dio cuenta del gesto de Mike y mientras escanciaba dijo:

—Ya conoces a Judy, ¿eh?

—Sí.

—Es un terremoto. Apártate de ella. Dos hombres se acuchillaron el otro día por su culpa.

—No la recuerdo. ¿Es de aquí?

—Formaba parte de un circo que se llegó a Templetown hace un par de semanas. Un incendio acabó con el negocio y el director hizo su jugada plantando a los artistas. Todos se han ido yendo poco a poco. Sólo ha quedado Judy.

—Ya —dijo Lennon y bebió la mitad del *whisky* que contenía su vaso.

La rubia salió del reservado y se acercó a la pianola. Lo hizo contoneándose mucho y mirando por el rabillo del ojo a Mike. Metió una moneda por la ranura y Bobby Darin se puso a soltar gritos.

La rubia se fue otra vez hacia el reservado moviéndose al ritmo

de la pieza. De pronto las hojas de vaivén fueron abiertas con fuerza.

Mike se volvió hacia el hueco y una voz carrasposa dijo:

—Sabía que te encontraría aquí, Mike.

El joven se volvió mirando al hombre que a él se dirigía.

Al momento sus labios sonrieron.

—Sigues lo mismo que hace cinco años, Clint.

—Tú has cambiado mucho.

Clint Young estaba en una edad indeterminada entre los cincuenta y los sesenta cinco años. Se cubría con camisa blanca y una chaqueta que le venía demasiado grande y cuyos puños estaban raídos. El sombrero debía haber soportado muchos inviernos. Su ala colgaba flácida sobre sus ojos de un color gris pizarroso.

Alargó su callosa mano a Mike y éste se la estrechó. Clint le hizo un guiño.

—Anda, vamos —estaba señalando hacia los reservados. Mientras avanzaba, Mike volvió la cabeza.

—Trae dos *whiskies*, Joe.

—Corriente, chico.

Mike y Clint pasaron por junto al reservado donde estaban la rubia y la pelirroja. Ésta se estaba retocando el *rouge* de los labios y suspendió su trabajo para sonreír a Mike.

—Hola —dijo él y continuó su camino.

Se sentaron ante una mesa en el cuarto reservado, lejos de las dos muchachas.

Joe se llegó ante la mesa y dejó los dos vasos de *whisky*. Cuando se hubo retirado, Clint dijo:

—¿Por qué no has venido a mi cabaña?

—He preferido el hotel. No te molestes.

—Está bien, muchacho. ¿Qué tal has encontrado la ciudad...?

—Muy dura.

—Se han enterado todos, ¿eh?

—Sí.

—Yo te explicaré por qué. La carta en que me anunciabas tu llegada se me perdió. Yo he tenido la culpa... Maldita sea, seguro que te he complicado la vida.

—¿Por qué no me lo dijiste antes, Clint? ¿Por qué so me dijiste que a mi hermano lo habían asesinado?

—Desconocía tu dirección. Cuando mataron a Johnny pregunté por todas partes, pero nadie sabía dónde te encontrabas. Por eso han pasado tres años. Estuve en Atlanta, ¿sabes?, y allí me encontré con Loy Kelly, tu antiguo compañero. El sabía que trabajabas para una compañía holandesa de petróleos, pero tampoco conocía la dirección. Entonces escribí a la Texaco rogándoles que me informasen. Tardaron un mes en contestarme. Yo creí que nunca lo harían. Al fin y al cabo me dije que tú no eras un empleado de ellos, pero siempre hay tipos que saben portarse bien. De pronto, hace un mes, recibí la carta en la que me decían el lugar adonde podía escribirte. Lo siento, Mike, pero ya ves que no lo he podido hacer antes...

—Tres años —repitió Lennon—. Hace tres años que mataron a Johnny. Anda, Cuéntamelo, Clint.

—La cosa empezó cuando tu hermano Johnny quiso construir un campamento para turistas a orillas del lago Moon. Sólo tenía mil dólares. Tú ya sabes que, como dependiente de Alex Perkins, no ganaba mucho, y él aborrecía a Perkins y a todo lo que se relacionaba *con ese* negocio. Llegó un momento en que Johnny no pudo resistir más a Perkins y entonces se le ocurrió una cosa, ir en busca de Donald Stevens para pedirle prestado el dinero que necesitaba. Donald le hizo un préstamo de siete mil dólares que debía reintegrarle en el plazo de dos años.

—¿Por qué tan poco tiempo?

—Ya sabes cómo son esas cosas. Johnny estaba seguro de que su idea sería un éxito.

—Pero se equivocó.

—Sí, Mike. La culpa no fue de él. Al lago Moon venían muchos turistas, pero desde que rebrotó la cuestión racial con motivo de la integración, ocurrieron muchos desórdenes en el condado y el turismo se fue para otro lado. Johnny construyó su campamento en unos cuantos meses. Pero ese verano, cuando lo inauguró, fue desastroso para él. Había contratado cuatro empleados y para pagarles tuvo que pedir otros mil dólares a Donald. El invierno fue muy malo para Johnny, pero continuaba esperanzado. Johnny no lo sentía tanto por él como por Edna.

—Edna —dijo Mike como un eco—. Edna Miller. Clint tomó el vaso de *whisky* y bebió un trago.

—Tú sabes lo enamorado que estaba Johnny de Edna.

—Lo sé.

—En realidad, ése era el impulso de Johnny para llevar a cabo su negocio. Quería ofrecer a Edna un porvenir. Por fortuna para él, la chica le dio ánimos.

—Siempre fue muy animosa.

—La primavera del año cincuenta y ocho se presentó con mejor color para él. El calor empezó a apretar de firme y mucha gente se descolgó por el lago Moon. Edna y Johnny se sintieron optimistas. En abril estalló la cosa. Cuatro negros quisieron entrar en el bar de Joe y se armó una buena. Dos negros resultaron muertos y un blanco gravemente herido. Se desató la pasión y por unos días casi estuvo a punto de intervenir el ejército. La cosa quedó en nada, pero otra vez ocurrió como el verano anterior. El campamento de Johnny apenas fue visitado por los turistas. El 31 de diciembre finalizaba el plazo para que Johnny reintegrara a Donald, Coleman el dinero recibido. Johnny habló con Donald para que le concediese una demora de otros dos años, pero Donald no lo consintió.

Clint hizo una pausa al oír una carcajada de la pelirroja.

—Continúa —dijo Mike.

—Llegamos ahora al día de la muerte de Donald. La policía dedujo que Johnny se dirigió a la cabaña de Donald en la falda del monte Around, al nordeste del lago. El fiscal expuso así las cosas. Johnny fue a la cabaña para hacer un nuevo intento cerca de Donald para que le diese la moratoria. Donald había dicho a su abogado que preparase las cosas para que el mismo día primero de enero el campamento de Johnny fuese embargado. Tu hermano y Donald discutieron dentro de la cabaña. Johnny, porfiando para que retrasase el pago, Donald negándose continuamente. Quizá llegaron a los insultos personales. Johnny agarró un tronco de la chimenea y, cuando Donald estaba de espaldas, le pegó un tremendo golpe en la cabeza. Donald cayó muerto instantáneamente, ya que el golpe le había hundido el cráneo.

Mike sacó el paquete de cigarrillos y lo ofreció a Clint, pero éste denegó con la cabeza porque solamente fumaba tabaco negro.

Después que el joven encendió, Clint prosiguió su relato.

—Luego Johnny, y siempre de acuerdo con la tesis del fiscal, sacó el cadáver y lo metió en el propio coche de Donald. Llevó el

automóvil hasta el borde del desfiladero que hay sobre el lago, quitó el aceite del freno y finalmente dejó caer el coche con el cadáver dentro. Su intención era hacerlo pasar por un accidente. Ya sabes que la orilla del lago está un poco lejana, y aún en el supuesto caso de que el coche hubiese llegado hasta allí, no se habría hundido, porque hay poca agua. Johnny sólo pretendía que los restos del coche fuesen encontrados en cuanto se hiciese la luz del día. Pero Johnny fue detenido aquella misma noche, dos horas después de la muerte de Donald, en las oficinas de su campamento. Johnny no había contado con una persona que había visto sus operaciones. Era un pescador, un negro llamado Sam Hardin, que acostumbraba a ir cerca del monte Around a pescar todas las noches. Pasaba justamente por un lado de la cabaña de Donald cuando vio salir a Johnny con Donald a hombros. El negro comprendió que algo extraño ocurría y se quedó allí observando los movimientos de Johnny. Lo vio meter el cadáver en el coche, cómo acercaba el vehículo al despeñadero, le quitaba el aceite del freno y poco después lo despachaba con Donald dentro. Cuando tu hermano se marchó, el negro fue directo a la comisaría de Policía y contó al jefe, Elliot Walter, todo lo que había presenciado. Elliot y Duff Madigan se dejaron caer por la oficina de tu hermano y lo detuvieron.

Clint hizo una nueva pausa para beber un trago de *whisky* que contenía su vaso. Mike fue a levantar un brazo, pero Clint le cogió la mano.

—No, Mike; el doctor me ha dicho que lo deje estar.

—¿Desde cuándo aceptas los consejos del doctor?

—Uno ha de acostumbrarse a todo.

Mike aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero.

—¿Cómo fue lo de la muerte de Johnny?

—Fue esa misma noche. A Johnny lo encerraron en la celda número tres. Según contó Duff Madigan, Johnny estaba muy postergado. De todas formas, Elliot le quiso tomar declaración y Johnny se negó a hablar. Algunas personas vieron cómo Elliot y Duff llegaban a la comisaría llevando a Johnny y la noticia corrió por la ciudad. Hubo un poco de movimiento en la oficina del jefe de policía por espacio de una hora, pero al fin los curiosos fueron regresando a sus casas. Allí sólo quedaron Johnny, Elliot y el agente

Ernest Landis. Entonces Elliot ordenó a Duff Madigan que fuese a casa de Edna para comunicarle a ella lo que pasaba. Elliot quería conseguir, por mediación de Edna, que Johnny confesase. Madigan explicó a Edna lo que pasaba y los dos se dirigieron a la comisaría. Al llegar allí se encontraron con el cuadro. El agente Landis estaba en el suelo de la oficina con la cabeza destrozada. Elliot en la celda número tres, cuya puerta estaba abierta, estrangulado. Tu hermano había desaparecido. Madigan ordenó la mayor batida que se ha conocido en nuestra ciudad. Johnny era un fugitivo y tenía en su poder la pistola de Elliot, justamente la que le había servido para matar a Landis a culatazos. Todas las carreteras quedaron interceptadas. Más de un centenar de personas intervinieron en la operación. Madigan capitaneaba justamente el grupo que dio con Johnny. Estaba escondido en una de las cuevas del monte MacChse. Madigan se había aparcado un poco de sus compañeros y fue quien entró en una de las grutas sorprendiendo a tu hermano con la pistola en la mano, Madigan apretó el gatillo sin pestañear, tomándole la ventaja a Johnny. Le metió una bala en el pecho y otra en la cabeza. Johnny no tardó ni treinta segundos en morir.

CAPÍTULO IV

Tras las últimas palabras de Clint, se hizo un silencio. Mike encendió otro cigarrillo.

—Explicadas así las cosas, hay muy pocas probabilidades de que Johnny fuese inocente, ¿verdad, Clint? Young gruñó:

—Palabra que todo me extrañó mucho. Tu hermano siempre había sido un hombre de mucha paciencia, incapaz de hacer daño a nadie. No lo puedo ver como asesino. Te juro que no.

—Yo tampoco.

—Además, Johnny me habló de su problema con Donald Stevens. Me dijo que si Donald no le concedía la moratoria para la devolución del dinero prestado, se marcharía a Nueva York.

—¿Te dijo eso?

—Seguro, Mike, y palabra que lo vi bastante conforme a pesar de que eso significaba para él alejarse de Edna.

—¿Y Edna? ¿Qué es lo que piensa ella?

—¿No la has visto?

—No, todavía no.

—Entonces, ¿no te has enterado?

—¿De qué?

—Está casada... Se casó un año después con Jeff Stevens.

—El hermano de Donald, ¿eh? —Mike sonrió débilmente—. Edna convertida en la señora de Jeff Stevens, la primera fortuna del condado.

—Ya puedes estar seguro. Se han repartido bien el asado. Jeff Stevens domina el Ayuntamiento como lo dominó su padre. El se queda con las Contratas más importantes. Y por otra parte, ahí tienes a Duff Madigan. Después de la muerte de Elliot fue elegido jefe de la policía y continuamente se le ve prosperar. Es lo que digo

yo, muchacho. Esta ciudad se ha hecho para ellos.

—¿De dónde le vienen los ingresos a Duff Madigan?

—Poco después de la muerte de tu hermano llegó a la ciudad un tipo muy elegante. Le llaman Lucky Vegas, quizá porque era un fulano conocido en Nevada. Lucky se buscó la protección de Madigan para construir un hotel en la ribera norte del lago Moon. Dicen que el negocio es mitad garito y mitad prostíbulo, pero yo no lo he visto nunca.

Mike levantó su vaso.

—Oye, Clint, me estoy preguntando una cosa. Si todo ocurrió como ellos dicen, quiero decir, si mi hermano mató a Donald Stevens y luego se cargó al jefe de Policía Elliot y al agente Landis para escapar, ¿por qué me temen tanto a mí? ¿Por qué intentaron liquidarme en la carretera?

—Quizá no les guste que lo revuelvas todo. Tú eres conocido aquí. Hiciste unas cuantas cosas antes de marcharte y precisamente una de ellas fue destronarle las narices a Jeff Stevens, el actual maridó de Edna.

—Creo que eso no es bastante para justificar la forma en que me han dado la bienvenida.

—Dirás lo que quieras, pero todos hemos supuesto que si te llegabas aquí sería para escarbar. Estoy seguro de que muchos ciudadanos, apenas te hayan visto, se habrán dicho: «Bueno, aquí está ahora Mike Lennon. La de cosas que van a pasar».

—¿Qué fue del campamento de turistas de mi hermano?

—Ahora pertenece a Jeff Stevens.

—¿Está abierto?

—Lo regenta un tipo llamado Ken Foster. En realidad, el negocio se ha convertido en una sucursal de «El Paraíso», de Lucky Vegas.

—De modo que el bochinche se llama «El Paraíso».

—Sí, pero no te fíes mucho del nombre.

—¿Qué hay de Sam Hardin, el tipo que vio a mi hermano hacer todas aquellas cosas?

—No puedo decirte mucho de él. Sólo sé que es un hombre muy reservado y que huye de la gente blanca.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Tiene su choza al filial de la calle Nueva Orleans.

—Iré allá.

—No, Mike. No hagas eso.

—¿Por qué no?

—La cuestión racial está al rojo vivo. Los negros no se dejan ver por las calles de los blancos, pero tampoco ellos quieren que los blancos visiten su barrio.

—Vine a hacer una comprobación y no me puedo detener por eso.

—Está bien. Yo te acompañaré.

—No, gracias, Clint. Prefiero no mezclarte.

—No tengo miedo.

—Si te necesito, ya te llamaré.

Mike se fue hacia el mostrador, observando que la pelirroja estaba hablando distraídamente con su compañera.

Pagó el importe de la consumición y salió del local, encaminándose adonde había dejado estacionado su coche.

Junto al motor, en la acera, había un policía.



—¡Dios mío! —exclamó la pelirroja

Mike lo conocía también. Era Rory Fuller, un tipo de la misma edad que él. Rory había trabajado muchos años en la carnicería de su padre. De pequeño habían reñido unas cuantas veces y en una ocasión Mike tuvo que quitarle un cuchillo con el que le amenazó.

—Caramba, miren quién está aquí —dijo Rory al ver llegar a Mike—. Si es el que se los come crudos...

—Hola, Rory.

Fuller se puso los pulgares en el cinturón.

—¿Te acuerdas de nuestras peleas?

—Ha corrido mucho tiempo.

—Tú siempre me ganaste, Mike.

—Seguramente tuve más suerte.

—¿Sabes una cosa? Dije que algún día me las pagarías.

—Siempre se dicen esas cosas cuando, uno anda por los ocho o nueve años.

—Sí, lo tengo oído. Pero a mí me ocurre una cosa particular, Mike —hizo una pausa—. Sigo pensando en lo mismo.

Lo miró fijamente a la cara.

—Conque tú eres el nuevo refuerzo de Madigan... Tú, gordo del demonio...

—Eh, Mike, no te consiento insultos a la autoridad.

Mike se echó sobre él y lo tomó por una muñeca. Se la apretó fuertemente y dijo, sin apartar sus ojos de los de Rory:

—Escúchame bien, agente. Métetelo en la cabeza y que no se te salga de los oídos mientras yo continúe en la ciudad. Tú y tu puerco jefe os vais a estar quietos. No os crucéis en mi camino o juro que os despanzurro.

Rory fue cambiando el color de su cara. Se empezó a tornar pálido. Mike siguió apretando un rato, sin dejar de mirarle.

Quizá estuviera un minuto en la misma posición, los dos enfrentados, muy cerca uno de otro.

—Recuérdalo, Rory —repitió Mike, y se metió en su coche. Cuando se alejaba de allí, Rory continuaba en la acera.

Se internó por la calle Louisiana y luego dobló por la Hueva Orleans.

Tuvo que aminorar la marcha porque por aquella parte había un enjambre de niños negros corriendo de un lado para otro.

Vio algunos adultos a las puertas de las casas y todos ellos se le quedaban mirando al pasar. Sus caras no le demostraron ninguna simpatía.

Al final de la calle había un gran trozo de terreno en donde se alzaban las cabañas sin guardar ninguna simetría.

Dio la vuelta al coche, dejándolo de forma que pudiese regresar de nuevo por la calle Nueva Orleans y saltó fuera.

Vio a una negra que llevaba un bulto sobre la cabeza.

—Oiga, estoy buscando a Sam Hardin.

—¿Sam...? Vive en la última cabaña, en el monte.

Mike le dio las gracias y se encaminó hacia el lugar que la negra le había señalado. La mayoría de las cabañas estaban sumergidas en la oscuridad.

Pero en la de Sam Hardin vio filtrarse una luz por la ventana. Saltó la verja y encontróse en un jardín en donde se cultivaban patatas y calabazas.

Al subir al porche los tablones del piso crujió bajo su peso. Llamó a la puerta con los nudillos.

Del interior no le llegó ningún ruido y repitió la llamada.

—¿Quién es? —Oyó una voz.

—Un amigo, abra.

Oyó unos pasos y al fin la puerta se abrió unas pulgadas dejando ver la cara del negro. Podría tener cuarenta o cuarenta y cinco años de edad.

—¿Qué quiere?

—Hablar con usted, Sam.

Los ojos del negro lo miraron asustados.

—No he hecho nada... No tiene por qué llevarme a la cárcel. Yo no estaba en la reunión.

—Oiga, Sam, creo que se equivoca. No soy ningún representante de la autoridad.

—Entonces, váyase.

El negro fue a cerrar, pero Mike se lo impidió, introduciendo por la ranura el pie derecho. Luego empujó con la mano y el negro retrocedió sin ofrecer resistencia.

Sobre una mesa descansaba una lámpara de petróleo.

Apoyadas en la pared, había unas cuantas cañas de pescar y, en la mesa, Mike vio unos cuantos anzuelos.

A la derecha se iniciaba una escalera que conducía a una especie de plataforma.

—¿Quién es usted? —preguntó Sam Hardin.

—Mi nombre es Mike Lennon. El negro guardó un silencio.

—¿Lennon?

—Sí, el hermano de John Lennon.

Siguió otra pausa y el labio inferior de Hardin se puso a temblar.

—Déjeme, señor Lennon...

—Quiero hacerle unas preguntas, Sam.

De pronto el negro dio un salto y echó a correr hacia la puerta.

Mike se cruzó en su camino, lo tomó de un brazo y lo hizo girar violentamente. El negro perdió el equilibrio y cayó en una silla, desde la que resbaló al suelo.

Volvió la cabeza rápidamente hacia Mike y se encogió como si fuese a recibir un latigazo.

—¡No me mate, señor Lennon!

—No he venido a matarte, Sam.

—Yo dije la verdad, ¿lo entiende? La verdad... No puede tenérmelo en cuenta. Yo lo vi...

—¿Qué es lo que viste, Sam?

—Vi salir a su hermano.

—Era de noche.

—Sí, señor.

—¿Habías visto con anterioridad a mi hermano?

—Sí, señor, lo había visto muchas veces en su campamento.

—A pesar de eso, sólo viste una figura, un hombre que salía de la cabaña transportando a un tipo sobre sus espaldas. Sigo pensando que era muy difícil que reconocieses a mi hermano, a no ser que estuvieses casi encima de él.

—Su hermano dejó aquel cuerpo en el coche. Había hecho un esfuerzo y se detuvo junto al motor. Desde el lugar donde yo estaba, a unas diez yardas, pudo oír su respiración y también le vi la cara. Era su hermano.

Mike dio un paso hacia el negro, que se encogió otra vez.

—¿Cuánto te pagaron, Sam?

—¿Qué dice?

—¿Cuánto te pagaron por contar esa historia?

—No, señor. No me pagaron nada.

—Fue Duff Madigan, ¿verdad, Sam? Duff Madigan te dijo que te daría dinero. Tú solo tenías que contar lo que él te dijese...

—No, señor. Le juro que conté lo que vieron mis ojos. Mike se agachó sobre el negro y lo tomó por la solapa. Sam no intentó defenderse. Se convirtió en un ovillo.

—¡No me mate, señor Lennon! ¡Le juro que le estoy diciendo la verdad! ¡Yo vi a su hermano...! ¡Nadie me pagó...! ¡Nadie!

Mike permaneció un rato agachado sobre Sam, mirándole a los ojos desencajados. Finalmente le soltó las solapas y retrocedió hacia

la puerta.

De pronto ésta se abrió de golpe y dos negros entraron en la choza.

Mike quedó inmóvil observando los cuchillos que los negros portaban en la mano.

CAPÍTULO V

Uno de los recién llegados era muy alto y mostraba una cicatriz bajo el ojo izquierdo.

—Lo vas a pagar, blanco.

Se arrojó sobre Mike tirándole una cuchillada.

Lennon saltó a un lado, atrapó la muñeca del negro y la acompañó en un movimiento brusco de abajo arriba.

El negro tuvo que dar una voltereta en el aire para impedir que su brazo se quebrase.

Sus espaldas chocaron contra el piso y toda la cabaña se estremeció.

El otro negro que blandía un arma blanca se lanzó también al ataque. Mike dio una vuelta a la mesa y evitó ser alcanzado por la hoja de acero.

—¡Quietos todos! —gritó de pronto Sam Hardin. El negro que estaba en el suelo se incorporó.

—No te preocupes, Sam. Lo pincharemos.

—No, Richard —dijo Sam—. No quiero que le hagáis nada. Se llama Mike Lennon y no tiene nada que ver con lo nuestro. Sólo vino aquí para saber acerca de su hermano.

Durante unos instantes, en la cabaña sólo se oyó la respiración entrecortada del hombre que respondía al nombre de Richard.

—Estos blancos mienten mucho, Sam —dijo al fin.

—Lennon no me ha mentado —miró a Mike—. Puede usted marcharse.

Mike estaba de espaldas a la puerta de modo que se puso a retroceder sin perder la cara a los dos amigos de Sam. Finalmente, abrió la puerta y salió fuera, cerrando de un golpe.

Poco después se introducía en su coche, iniciando el camino de

regreso.

Estacionó otra vez junto al «Hotel Georgia» y cruzó la calle, penetrando en el bar de Joe.

Un joven bailaba con la pelirroja siguiendo el ritmo de una pieza que desgranaba la pianola.

—Hola, Mike —oyó que le saludaba la chica alegremente. Se notaba que había bebido.

Su pareja volvió también la cabeza y al ver a Mike arrugó el ceño.

Lennon pasó junto a ellos y se dirigió al reservado donde Clint continuaba sentado. El viejo dio un suspiro.

—Bueno, al fin regresas con todas tus piezas.

—Tuve un poco de suerte. Dos negros se empeñaron en que me quedase allí.

—Lo suponía. ¿Qué compraste con ese precio?

—Una mercancía muy mala. Tengo la impresión de que Sam Hardin dice la verdad.

—¿Quieres decir que efectivamente Sam Hardin vio salir de la cabaña a tu hermano con el cadáver de Donald Stevens?

—Sí.

—¡Un *rock*! —gritó la pelirroja.

El muchacho que bailaba con ella, se acercó a la pianola y metió una moneda por la ranura.

Elvis Presley entró en acción y la chica que había trabajado en un circo se puso a bailar con mucho entusiasmo. Siempre que daba una vuelta miraba a Mike y era evidente que trataba de impresionarle.

—Quizá los dos estemos equivocados —rezongó Clint rascándose una oreja—. Después de todo, sabemos que un hombre paciente puede convertirse en una persona distinta.

—Mi hermano pudo matar a Donald Stevens y hacer todo lo demás.

—Es una hipótesis.

—Está bien. Me voy a dormir. Si mañana continúan, las cosas como están, me largare de aquí.

—Ya siento haberte escrito aquella carta. Mike le pegó unas palmadas en el brazo.

—No hace falta que te disculpes, Clint. Siempre fuiste un buen

amigo y te comprendo. Mike sacó un fajo de billetes de los cuales apartó uno de a cien. Abrió la palma de la mano de Clint y dejó el billete en ella.

—Eh, ¿qué haces, chico? —dijo Clint con voz ronca.

—Sí me marchó, no nos volveremos a ver, Clint. Gástalo en un vaso de *whisky* de vez en cuando..., aunque no te lo permita el doctor.

—Es demasiado dinero, Mike.

—No tengo mujer ni hijos y gané mucho dinero en Borneo durante estos años. Ahora me habría servido para liquidar la deuda de mi hermano. Pero ya ves, todo tuvo que suceder antes... Hasta la vista, Clint.

Se dirigió hacia la puerta sin prestar atención a la pelirroja. Cruzó la calle y entró en el hotel.

El muchacho rubio estaba en el Registro.

—Llamaron preguntando por usted, señor Lennon.

—¿Quién?

—No lo dijo.

—¿Hombre o mujer?

El muchacho guiñó un ojo.

—Mujer.

Mike se quedó un rato mirando al muchacho, que sonreía con un gesto picaresco. Mike le dio las gracias y subió a su habitación.

Una vez arriba se despojó de la chaqueta, preparóse una ración de *whisky* y tendióse en la cama.

Transcurrieron cerca de treinta minutos antes de que sonase el teléfono. Cogió el auricular y enseguida oyó al muchacho de abajo.

—Señor Lennon, es la misma mujer que antes. Reconocí su voz.

—Está bien.

Oyó un Clint y luego Mike dijo:

—¿Sí? Al habla Mike Lennon.

—Señor Lennon, quiero hablar con usted.

—¿Nos conocemos?

—No, señor. Usted no me conoce.

—¿Cuál es su nombre?

—Anette, Anette Karina.

—¿Acerca de qué quiere hablarme, Anette?

—De su hermano.

Mike se irguió instintivamente sobre la almohada.

—Muy bien, Anette. La escucho.

—No. Por teléfono, no.

—Dígame dónde quiere que vaya.

—Yo estoy ahora en «El Paraíso», pero no acabaré mi turno hasta dentro de una hora.

—¿Me habla desde allí?

—Sí. Desde uno de los locutorios.

—Dígame dónde podremos vernos.

—Comparto un apartamento en la calle Monroe *número* 324, con mi compañera Elizabeth. Ella no regresará hasta más tarde. Podremos estar los dos solos. Es el número siete.

—Adelante algo ahora.

—Sólo le puedo decir una cosa. Su hermano era inocente.

—Hable, por favor, Anette...

—Hay un hombre que me está mirando y yo le tengo mucho miedo... Está fuera, señor Lennon. No puedo... Dentro de una hora en mi apartamento.

—¡Espere, Anette!

Pero ella había colgado.

Mike tocó la horquilla varias veces.

—¿Deseaba algo, señor Lennon? —Oyó la voz de Will Adams.

—No, gracias, Will —repuso Mike, y colgó.

Bebió su *whisky* pensativo. Finalmente, al cabo de quince minutos, decidió abandonar el hotel. La atmósfera de su apartamento le resultaba irrespirable.

La calle Monroe estaba ubicada al suroeste de la ciudad.

Montó nuevamente en el coche y tan sólo diez minutos más tarde llegaba al edificio donde vivía Anette. Contaba con tres pisos y era de ladrillo rojo.

Aparcó cuatro números más arriba.

Al volverse vio de pronto que un coche de la Policía avanzaba muy despacio por el centro de la calzada.

Se detuvo con las manos en los bolsillos mirando hacia el coche.

Manejaba el volante un tipo a quien no conocía y a su derecha estaba Rory Fuller. Rory lo miró muy serio y Mike permaneció quieto, observándolo a su vez...

El coche pasó por enfrente y luego dobló a la izquierda.

Consultó su reloj. Faltaba todavía más de media hora para la cita que le había dado Anette Karina.

Un poco más arriba vio el anuncio de un bar. Se llamaba «El León». Pasó al interior y pidió un *whisky* en el mostrador.

Lo bebió a pequeñas dosis y fumó un par de cigarrillos.

Faltaban cinco minutos para la hora cuando abanderó el local, encaminándose al número 324.

En la casa no había encargado ni ascensor y la escalera era muy estrecha. Subió hasta la tercera planta y allí pulsó el botón de la puerta número siete.

No hubo ninguna respuesta. Dejó transcurrir un minuto, pero nadie abrió. Entonces hizo girar el tirador y la puerta obedeció a su impulso.

Vio un *living* con muebles funcionales. Todo estaba en orden.

—¡Anette! —llamó. No obtuvo respuesta.

A la derecha había dos puertas. Abrió la primera. La habitación era un dormitorio, pero allí no había nadie.

Abrió la segunda puerta. Era otro dormitorio. No; tampoco encontró a Anette. Se dirigió a la cocina.

Sólo llegó a dar un paso en el interior de aquella estancia. Había una mujer en el suelo. Era una rubia muy hermosa. Pero ya jamás podría lucir su belleza.

Estaba muerta, con los ojos muy abiertos, desorbitados, mirando a un punto del techo. Alguien le había clavado un punzón de hielo en el vientre.

Las manos de la muchacha estaban sobre el punzón, como si en el último momento hubiese intentado sacarlo del rojizo agujero en donde la mano asesina lo había metido. Mike sintió que la ira le corroía las entrañas.

Se agachó sobre la joven a pesar de que ya nada podía hacer por ella. Le puso una mano sobre el hombro desnudo y apretó suavemente. En esa posición oyó que la puerta exterior se abría.

Se volvió rápidamente y saltó hacia el rincón de la cocina.

Oyó pasos en el *living*. Una puerta se abrió. Luego la otra. Finalmente la persona que acababa de irrumpir en el apartamento se encaminó hacia la cocina.

Mike lo vio entrar. Era Rory Fuller.

Su antiguo compañero tenía una pistola en la mano. Mike saltó

sobre él y le pegó un mandoble en la clavícula.

Rory empezó a girar, pero antes de que lo consiguiese, Mike lo golpeó en la nuca. Fuller estrelló la cara contra el suelo y quedó inmóvil.

Lennon aspiró una bocanada de aire.

Rory se habría divertido mucho de haberlo sorprendido sobre el cadáver de la rubia.

Sólo habría tenido que esposarlo y conducirlo a la comisaría, ante su jefe Duff Madigan.

Nada le restaba hacer allí, salvo borrar sus huellas.

Mientras salía del apartamento pensaba en el compañero de Rory, el que se sentaba ante el volante del coche.

—Naturalmente, estaría abajo, en la calle.

Continuó subiendo la escalera y abrió la puerta que daba a la terraza.

Le fue fácil pasar de un edificio a otro y cuando se encontró a buena distancia del que correspondía al apartamento de Anette Karina, bajó por la escalera tranquilamente y ganó la calle.

Luego dio un rodeo para salir al lugar donde estaba su coche.

Vio el coche de la Policía un poco más abajo del número 324. Cabía la posibilidad de que el compañero de Rory estuviese mirando hacia aquella parte, pero eso le tenía ahora sin cuidado.

Se metió en el «Ford» y, cuando dobló por la siguiente esquina, el coche de la Policía continuaba en el mismo sitio.

CAPÍTULO VI

Mike penetró en «El Paraíso».

Había un jardín con palmeras, una fuente en el centro y terrazas. Al fondo estaba el edificio.

Mike pasó frente a un empleado cubierto con un traje verde de gorra de plato. En la sala había muchas mesas y el bar quedaba a la derecha.

Ocupó un taburete y pidió un *whisky*.

El mozo, un tipo de cabello rojizo, le dejó el vaso delante.

—¿Está Elizabeth por aquí? —preguntó Mike. El otro lo observó atentamente a la cara.

—¿Es amigo suyo?

—Sí.

—La vi hace un rato, pero ya la perdí de vista.

Luego el mozo se marchó para atender otros clientes. Mike encendió un cigarrillo.

De pronto oyó risas a su espalda y al volver la cabeza vio a un hombre alto que venía acompañado por dos mujeres, a cual de ellas más llamativa. Una era rubia y el cabello de la otra tenía el color de la caoba. El hombre, un tipo muy guapo de cabello rizado, pidió *Martinis*.

A Mike le gustó más la del cabello color caoba y le echó tres o cuatro miradas. El del pelo rizado se dirigió a ella.

—¿Quieres bailar, Elizabeth?

—No, gracias, Monty; estoy cansada. La otra se colgó del brazo de Monty.

—Yo no lo estoy.

Los dos se marcharon riendo hacia la pista. Entonces Mike recorrió los dos taburetes que lo separaban de Elizabeth.

—Eres la amiga de Anette Karina, ¿verdad?

—Sí —dijo ella, y enarcó las cejas.

—Quiero hablar contigo.

—No te he visto nunca.

El la tomó del brazo desnudo.

—Vamos a una mesa. Elizabeth se dejó conducir.

Tomaron posesión de una mesa que estaba junto a la pared y, cuando el camarero llegó diligente, Mike le encargó dos *whiskies*.

—Bueno, ¿de qué se trata? —preguntó Elizabeth.

—Anette ha muerto.

—¿Cómo? —La joven se quedó con la boca abierta—. Me es posible. Hace una hora se despidió de mí.

—La asesinaron en su apartamento.

—¿Asesinada?

—Sí, Elizabeth. —Mike le puso una mano en la diestra al ver que la joven se ponía cada vez más pálida—. ¿Quién la ha matado?

—No lo sé, pero te puedo decir el motivo. La quitaron del medio para impedirle que hablase conmigo.

La joven se llevó una mano a la frente.

—No entiendo nada. ¿Quién eres tú?

—Mi nombre es Mike Lennon. La joven parpadeó.

—Eso no me dice a mí nada. No soy de aquí.

—Llegué hoy a la ciudad, después de cinco años de ausencia, para esclarecer la muerte de mi hermano. A él le acusaron de un triple asesinato, pero un policía le metió unas cuantas balas en el cuerpo antes de que pudiese saber lo que realmente ocurrió.

—¿Qué tiene teso que ver con Anette?

—Tu amiga me llamó al hotel para decirme que necesitaba hablar conmigo urgentemente. También agregó que mi hermano era inocente. Anette me dijo que tú compartías con ella su apartamento de la calle Monroe. Después de descubrir su cadáver, he venido aquí por si tú sabías algo acerca del secreto de Anette.

—En absoluto. Lo ignoro todo. Yo sólo llevo aquí un año. No me gusta meterme en los asuntos que no son de mi incumbencia.

Mike le hizo una señal para que callase, porque en aquel momento se acercaba el mozo trayendo los dos *whiskies*.

Cuando el empleado se hubo retirado, Mike preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevaba Anette en la ciudad?

—Tres años y pico. Puede que cuatro.

—Eso quiere decir que ya estaba aquí cuando lo de mi hermano... Es muy posible que Anette supiese algo sobre respecto a aquellos asesinatos. ¿Estás segura de que nunca te habló de eso?

—Sólo me dijo el nombre de la persona que la había traído aquí.

—¿Quién la trajo?

—Donald Stevens.

—Donald Stevens fue justamente el hombre a quien, según la Policía, asesinó mi hermano... ¿Qué te conté Anette respecto a Donald Stevens?

—Se refirió algunas veces a él diciendo que se había comportado con ella como un puerco, pero no agregó nada más.

—¿Por qué no haces un esfuerzo de memoria? Todo lo que puedas recordar es importante para mí ahora.

—Estoy segura de que no me aclaró nada. La verdad es que yo no sentí mucho interés por conocer sus desgracias. Tengo veintiséis años, ¿sabes?, y cada una de nosotras tiene una historia muy parecida.

Mike bebió un trago de *whisky*.

—¿Qué lugar es éste?

—Pues ya lo ves, un sitio donde se bebe y se baña.

—Hay algo más. Mujeres y juego.

—Bueno, eso también, está claro. Y también lo está que tendrás que marcharte. Hay dos hombres que nos miran y justamente son los más indeseables que trabajan con Lucky Vegas. Permanecen junto al mostrador.

—Ya los vi hace rato.

—Pues ahueca el ala y podrás continuar entero. Mike le dirigió una sonrisa.

—Nunca acostumbro a retirarme cuando el juego se pone emocionante.

—No sabes quiénes son esos tipos.

—Preséntamelos tú.

—Uno es Ed Masterson, el peor hombre que puede haber desde aquí hasta la frontera del Canadá. Goza de la confianza de Lucky Vegas. ¿Y sabes cómo se la ha ganado? Imponiéndose sobre nosotras...

—¿Cuál de ellos es?

—El que parece un perro dogo.

—¿Quién es el otro?

—Sloan Lloyd, un retrasado mental que sería capaz de rociar con petróleo a su abuela y prenderle fuego a cambio de su ración diaria de morfina.

—Bueno, nena. No tienes que preocuparte. Lo que yo he venido a buscar aquí es información.

—No puedo decirte más de lo que ya te he dicho.

—Viste a Anette antes de que abandonase el local. ¿Qué dijo para justificar su ausencia?

—Ya había hablado con Masterson. Le había pedido permiso a él.

—¿Qué alegó?

—Una fuerte jaqueca.

—Y Masterson le concedió la licencia, ¿eh?

—Sí.

—Eso quiere decir que Masterson sabía dónde encontrarla. La joven se mordió el labio inferior.

—¿Supones que ellos mismos la han matado?

—¿Por qué no?

—Dios mío, creo que me estoy complicando la vida.

—Te la he complicado yo, nena.

—Si te vas ahora mismo podré, dar una explicación.

—Siento decepcionarte, Elizabeth, pero ya estás metida en el jaleo. Ellos se están preguntando a estas horas qué es lo que estás hablando conmigo. Si yo me voy, se te pondrán las cosas difíciles.

Un gran miedo se reflejó en los ojos de la muchacha.

—¿Qué puedo hacer?

—Te sacaré de aquí.

—Oh, no.

—¿Por qué no?

—Ellos me atraparían en la ciudad.

—No hablo de la ciudad. ¿De dónde eres tú?

—De Dallas, Texas.

—¿Te gustaría volver allí?

La joven dio un suspiro.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Estoy atada aquí.

—¿Qué harías si tuvieses que ponerte en camino?

—Hay un autobús que sale a las once de la noche hacia Atlanta. Ya desde allí sería fácil llegar hasta Dallas.

—De acuerdo, Elizabeth. Viajarás en ese autobús.

—Oh, no, Mike. No puedo hacer eso.

—Yo te acompañaré. ¿Tienes algo aquí?

—Sólo mi abrigo.

—¿Dónde?

—Arriba.

—Bueno, prescindirás de él. Vamos a ir directos afuera. Tengo el coche en la playa de estacionamiento.

La joven tragó saliva. Cada vez estaba más asustada.

—Nos siguen mirando, Mike.

—Que te miren todo lo que quieran. Saldremos como si fuésemos a dar una vuelta por el jardín. En pie.

Mike sacó unos cuantos billetes y los dejó sobre la mesa.

Se puso detrás de la joven, pero ella continuó sentada en la silla.

Mike alargó la mano y la cogió del brazo, incorporándola.

Sintió que ella se estaba estremeciendo. Encamináronse hacia la puerta.

De pronto oyeron una voz.

—Elizabeth.

Sonó como un ladrido.

—Ése es Masterson, ¿eh? —dijo Mike.

—Sí. ¿Qué hago?

—Adelante.

Pasaron frente al hombre galoneado, encaminándose a la playa de estacionamiento. De pronto tiró del brazo de ella.

Había dos hombres junto al coche.

—Oh, Mike, volvamos —dijo ella con voz débil.

—No, nena.

Los dos hombres dieron unos pasos hacia ellos. Eran de recia musculatura y sus caras estaban envueltas en sombras, porque la luz más cercana estaba a unas diez yardas. El que estaba a la derecha dijo:

—Elizabeth, ¿es que no lo sabes? No puedes marcharte ahora con tu amigo.

Mike respondió:

—No soy su amigo, sino su primo Henry. La invité a cenar en la ciudad.

—Pueden hacerlo aquí. También tenemos restaurante.

—Elizabeth y yo hemos de hablar de la familia. Hay una importante herencia en juego.

Por eso tenemos que discutir reservadamente... en la ciudad.

—No, hermano. Usted se queda.

—¿Y ella?

—Ella vuelve a la casa. Mike chascó la lengua.

—No me gusta eso, compañeros, y me dan pena los tipos que dan consejos.

—No es un consejo, sino una orden.

—Peor todavía, compañeros. Apártense de mi coche.

El hombre que hasta entonces permaneció callado, soltó una risita.

—Usted quiere recibir.

—Lárguense —repitió Mike, y dio un paso hacia ellos porque estaba demasiado lejos y los dos tenían la mano en el bolsillo.

De pronto el que primero había hablado sacó una matraca y echó el brazo atrás para descargarlo sobre Mike, pero éste saltó a un lado burlando el golpe y luego le incrustó el puño en la boca.

El fulano se fue hacia atrás lanzando un aullido.

Su compañero exhibió un trozo de tubería de plomo.

Mike dio una vuelta sobre sí mismo y, dejándose llevar por el impulso, soltó la izquierda.

El tipo recibió el golpe en las narices y golpeó las espaldas contra el coche. Lennon le atizó dos golpes seguidos en el estómago.

El fulano se desinfló como una vejiga pinchada y cayó en el suelo. Mike abrió la portezuela.

—Vamos, Elizabeth.

La joven salió de su inmovilidad y se introdujo en el «Ford».

Mike se sentó ante el volante e hizo arrancar el coche con un rugido. Poco después volaban por la carretera en dirección al pueblo.

La joven escondió la cara entre las manos y se echó a llorar.

—¿Qué te ocurre ahora? —preguntó Mike. Elizabeth mostró el rostro bañado en lágrimas.

—¿Me dejas tu pañuelo?

Lennon se lo dio y ella, después de secarse, siguió gimoteando.

—He deseado muchas veces marcharme de aquí, pero siempre me faltó valor para hacerlo. Ahora me resulta increíble.

—Pues créetelo, porque no es un sueño.

Mike detuvo el coche frente a la estación de autobuses.

Compró el boleto en la taquilla y acompañó a Elizabeth al autobús, que ya estaba preparado para salir.

Mike sacó unos cuantos billetes del bolsillo y se los alargó a la joven.

—He estado enviando dinero a Dallas. Sólo necesito que me des para el viaje. Te lo devolveré.

—Sólo son cincuenta dólares, por si te ves en un apuro. Es mejor que no te falte. Ella aceptó el dinero, se puso de puntillas y besó a Mike en la comisura de la boca.

—Gracias, Mike. Me habría gustado conocerte antes.

—Quizá nos veamos alguna vez —le sonrió él.

En aquel momento un altavoz invitó a los viajeros de Atlanta a que ocupasen sus asientos en el autobús.

Mike permaneció allí hasta que el coche salió de la estación, emprendiendo el viaje. Minutos más tarde aparcaba su «Ford» cerca del Motel.

Ahora en el Registro no estaba el muchacho rubio, sino Spencer Milland.

—Buenas noches, Mike.

Mike le saludó con un gruñido y subió por la escalera.

Fue a introducir la llave en la cerradura, pero se dio cuenta de que la puerta había sido abierta.

—Pasa, Mike —dijo una voz femenina.

Mike penetró en la estancia y se detuvo de pronto. Sentada en una silla estaba la mujer que había querido su hermano, la que después de la muerte de Donald se había casado con el hombre más poderoso de la ciudad.

CAPÍTULO VII

—Hola, Edna —dijo él.

Edna estaba por los veinticinco años de edad y Mike se dijo que había llegado al cénit de su hermosura. Poseía el cutis muy moreno, ojos azulados claros, pómulos altos y boca de labios un poco salientes. Su cabello era el más negro que Mike había visto. Se cubría con un vestido de noche color verdoso, que dejaba sus hombros al descubierto.

Sobre la cama había un abrigo de visón.

—¿Tanto protocolo para ver a un viejo amigo?

—No seas tonto. Soy la Presidenta de la Asociación Democrática Femenina. Tuvimos reunión esta noche.

Mike caminó hacia la mesilla de noche donde estaba la botella de *whisky*.

—¿Un trago? —inquirió.

—No, gracias.

Se escanció una buena ración en un vaso y volvióse hacia ella.

—A tu salud, Edna.

—Eres muy amable.

Después de beber, Lennon sacó el paquete de cigarrillos.

—Tampoco fumo —dijo Edna.

—Parece que las de la Asociación Democrática tenéis buenas costumbres.

—Sí, y también nos acordamos de los buenos amigos. El la miró a los profundos ojos.

—Ah, se me olvidaba. Enhorabuena por tu boda.

—¿Hay ironía en tu voz?

—¿La hay?

—Muchas veces me he preguntado qué pensarías tú mi

matrimonio con Jeff Stevens.

—¿Éste es el juego de la verdad?

—Supón que estamos otra vez jugando como cuando teníamos quince años.

—Me da asco. Ella sonrió.

—Eres muy sincero.

—¿Te sorprende?

—A decir verdad, no debería sorprenderme. Tú eras el sincero Mike y lo continuas siendo. No has cambiado.

—He cambiado respecto a otras cosas.

—¿Por ejemplo?

—No vale la pena hablar de ello.

Edna se puso en pie. Era muy esbelta. Siempre lo había sido, pero ahora lo parecía más, porque había adelgazado.

Ella se dio cuenta de cómo la miraba él.

—Continúas enamorado de mí, Mike.

—Admitido.

—Sabía que lo estabas, porque yo también te quería a ti.

—Emocionante —dijo él y bebió otro trago de *whisky*.

—Pero tú quisiste marcharte de aquí para dejarle el campo libre a tu hermano.

—Es cierto que te quería, pero no pensaba casarme. ¿Qué habría hecho de ti?

—Te habría seguido adonde fuese y me habría conformado aunque no te hubieses casado conmigo.

—Supuse que lo harías si te lo hubiese pedido. Por eso no quise hacerte daño. Después de todo, pensé que mi hermano era justamente el hombre apropiado para formar un hogar contigo. Me marché de aquí con la idea de no volver jamás, o de hacerlo cuando hubiesen pasado tantos años que entonces tú, Johnny y yo nos habríamos reído de todo ese pasado.

Los ojos de la joven centellearon un poco.

—El sublime sacrificio de Mike Lennon.

—No me quejo de nada.

—Magnífico, pero no me humillas con eso.

—No es mi intención humillarte —hizo una pausa—. Y ahora me gustaría que me hablastes de lo de Johnny.

Ella dio un suspiro.

—No puedo agregar nada más a lo que te habrá dicho tu amigo Clint Young, ese vagabundo.

—Clint no tomó parte como protagonista en los acontecimientos de aquella noche.

—Yo tampoco.

—Pero al menos estarás al corriente de muchas cosas que Clint Young ignora. Por ejemplo, debías saber que Johnny pretendería hablar con Donald Stevens para conseguir una moratoria en la devolución del préstamo.

—Sí, eso lo sabía.

—¿Sabías también que él había decidido ir a la cabaña de Donald?

—Desde luego.

—¿Quién le dijo a Johnny que Donald estaría allí?

—Imaginó que estaría. Tú ya sabes la fama de Donald con respecto a las mujeres.

Según se decía, Donald las llevaba a su cabaña.

—¿No le haría una llamada telefónica Johnny para asegurarse?

—No lo creo. Donald no quería hablar con Johnny, porque ya le había dado su respuesta. Si Johnny le hubiese pedido una cita, Donald se la habría negado. Por ello Johnny tenía que sorprenderlo.

—Parece sensato.

—Johnny me había dicho que después de su visita a la cabaña de Donald vendría a verme para contarme los resultados.

—Y fue a verte Duff Madigan.

—Sí.

—¿Qué te dijo Duff?

—Johnny había matado a Donald y luego trató de hacerlo pasar por un accidenté. Un negro llamado Sam Hardin había sido testigo.

—¿Conocías a Sam Hardin?

—No. Ni lo he conocido después. Ya sabes que los negros nunca me han gustado. Son horribles.

—Estábamos en que Duff Madigan te contó lo ocurrido. ¿Qué pasó después?

—Elliot quería hablar conmigo personalmente. Al parecer, Johnny se negaba a confesar. Pretendían que yo intercediese para que hiciese una confesión en regla. A cambio, Elliot trataría de conseguir una condena a perpetuidad.

Mike se sirvió un par de dedos de *whisky*.

—Tú y Madigan os pusisteis en camino hacia la comisaría. Continúa en ese punto.

—Cuando entramos en la oficina, descubrimos el cadáver del agente Landis. Era terrible... Tenía la cabeza destrozada. Duff Madigan se fue a la celda. Oí que soltaba una exclamación y corrí a su lado pensando en que algo le había pasado a Johnny. Lancé un grito al ver el cuerpo que estaba tendido de bruces. Pensé que era John, pero Duff dio la vuelta al cuerpo y vi que se trataba de Elliot. Lo habían estrangulado.

La joven hizo una pausa acercándose a Lennon.

—Creo que ahora necesito ese trago.

Mike le tendió el vaso y ella lo bebió todo de una sola vez.

Dio unos pasos por la estancia frotándose las manos sobre el estómago, porque estaba sintiendo el efecto del *whisky*.

—Aunque tú no lo creas, sufrí mucho.

—Claro.

—Ya sé que no me crees. Piensas que soy una mujer capaz de no tener sentimientos.

—Yo no he dicho tanto.

—¿Qué debía hacer después de la muerte de tu hermano Johnny? ¿Esperar? ¿Recorrer el mundo en tu busca?

—No, Edna.

—¿Quizá cubrirme la cabeza con ceniza? ¿O hubieses preferido que me atase una piedra al cuello y me arrojase al fondo del lago?

En la estancia reinó un silencio. Ella prosiguió:

—Yo jamás había reparado en Jeff. No era mi tipo, no me gustaba. Unos días después de aquello, Jeff vine a visitarme. En realidad, los dos habíamos perdido con aquellos crímenes. Era el hombre con quien me iba a casar el que había muerto y también había muerto su hermano. Se mostró amable... Luego pasaron un par de meses y un día nos encontramos en la calle. Me invité a comer... Fue así como empezó la cosa, Mike. ¿Lo oyes? Yo no le busqué a él.

Mike sacudió la cabeza.

—Muy bien, señora Stevens. Tú no lo buscaste a él. Torio se deslizó con normalidad.

—Deja ya ese tono sarcástico —exclamó ella furiosamente.

Durante otro rato no dijeron nada.

—Mike...

—¿Sí?

—Mírame.

—¿Qué has venido a hacer aquí, Mike?

—Tú lo sabes.

—¿Viniste por mí?

—No.

—Creí que era eso.

—Te dije antes que no me casaré.

—Oh, sí, lo había olvidado.

—Sólo vine para informarme acerca de la muerte de mi hermano.

—¿Ya estás enterado de todo?

—A medias.

—¿Qué te falta?

—Atrapar al asesino de Donald Stevens. Ella se quedó con la boca abierta.

—¿Qué dices, Mike?

—Mi hermano era inocente.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Alguien que ya ha muerto.

—Oí decir en la reunión que había muerto una mujer de mala reputación, una chica que trabajaba en «El Paraíso». Le clavaron un punzón de hielo en el vientre. ¿Te refieres a ésa?

—Sí.

—Un agente de policía, Rory Fuller, estuvo a punto de cazar al asesino, pero lo dejaron sin conocimiento.

—Vaya, qué mala suerte para el agente Fuller.

—De modo que esa chica te dijo que Johnny era inocente.

—Sí, Edna. Y ahora ya estoy seguro de que Johnny *no* mató a nadie.

—Sé lo que te pasa, Mike. No puedes admitir que tu hermano fuese un criminal. Es admirable, pero no por ello vas a hacer cambiar las cosas. Johnny tenía un motivo para matar a Donald Stevens.

—Para Johnny no era suficiente motivo deber ocho o nueve mil dólares.

—¿Conocías a Donald?

—No lo llegué a tratar mucho.

—Era jactancioso y cruel. Todo el mundo lo sabía. Johnny me contó que durante la primera entrevista que sostuvo con él para pedirle la moratoria, Donald se le rió en las narices. Johnny me dijo que no le soportaría otra humillación.

—Admito que mi hermano le llegase a pegar. Pero no que lo matase. Además, según me han explicado, Donald fue atacado por la espalda. No, Edna. Johnny no habría sido capaz de hacer eso.

—Entonces, ¿también crees que el negro mintió?

—He estado hablando con él.

—¿Y qué te ha dicho?

Mike se rascó la mejilla con el dedo índice.

—Insiste en que fue mi hermano el que sacó el cadáver de la cabaña.

—Y tú has pensado que él miente.

—No. Creo que dice la verdad.

—Entonces, no te comprendo. Niegas que tu hermano matase a Donald y, sin embargo, admites que Sam Hardin dijese la verdad.

—Sí. Admito ambas cosas. Por eso el asunto me parece un poco complicado.

—¿Y lo de la cárcel? ¿Cómo lo explicas? Duff Madigan y yo vimos a Landis en el suelo con la cabeza destrozada y a Elliot estrangulado en la celda.

—Pero no visteis a Johnny.

—No, ya había huido.

—¿Y si Johnny se hubiese marchado antes de que Elliot y Landis fuesen muertos? Ella le miró con perplejidad.

—¿Piensas en algo tan retorcido?

—Echaré mano a toda posibilidad que sirva para demostrar que Johnny no se convirtió en un asesino.

Edna sonrió.

—Es una actitud que te honra, Mike. A mí también me gustaría que lo demostrases, pero me temo que es una tarea imposible.

—Esa mujer que trabajaba en «El Paraíso», Anette Karina, me iba a comunicar algo importante, pero la asesinaron antes.

—¿Y si ella hubiese muerto por otra razón? Era una muchacha dedicada a una vida fácil. Podía tener muchos enemigos.

—Es posible. Pero justamente la quitaron del medio cuando me iba a contar por qué mi hermano fue acusado de tres crímenes que no cometió.

—¿Te lo dijo así ella?

—Sólo dijo que Johnny era inocente. Significa lo mismo, ¿no crees?

—¿Y si Anette Karina sólo intentase sacarte un poco de dinero? Se enteró de que estabas aquí y de cuál era el trabajo que te habías impuesto. ¿Por qué no inventar algo en tu obsequio?

—¿Sabes que Anette Karina tuvo relaciones con Donald?

—Lo ignoraba. Pero ¿qué tiene eso de malo? Donald sostuvo relaciones con muchas mujeres.

—Quizá una de ellas me lleve al fin de mis conclusiones.

—¿Quién?

—No lo sé todavía, pero seguiré investigando. Ella acudió a su lado.

—Oh, Mike, tengo miedo por ti... Mike le sonrió.

—No te preocupes. Sé cuidarme.

—Siempre lo has sabido. Te has creído un hombre superior, alguien que no necesitaba la ayuda de ninguna otra persona.

—¿Es eso algo malo?

—Nadie se basta a sí mismo. Todos necesitamos que alguien nos ayude, tener una persona que nos quiera... Mike... ¿por qué no eres más humano?

—Ya lo soy.

La joven le miró profundamente a los ojos y se quedó con los labios entreabiertos.

—Mike... Bésame.

—No.

—He dicho que me beses. Lo deseo. Te sigo queriendo —le puso las manos en los hombros—. Anda, Mike, tú también lo quieres... también lo deseas.

—Quizá, pero no te voy a besar.

Los ojos de ella relampaguearon furiosos.

—¿Por qué?

—Porque perteneces a otro hombre.

Edna se quedó muy seria sin apartar las manos de los hombros de él. De pronto le descargó la mano derecha en la mejilla.

Mike no se movió, y ella retrocedió dos pasos respirando entrecortadamente, porque su pecho estaba lleno de ira.

—Ya es hora de que te marches —dijo Mike.

Ella dio media vuelta y atrapó el abrigo de visón que había en la cama. Luego se fue serenando, poco a poco.

—Creo que me he comportado ridículamente.

—No ha pasado nada.

—Eres muy caballero. Una mujer se te ofrece y dices que no ha pasado nada.

—Ninguna mujer se me ofreció.

—Está bien, Mike. Sigues siendo el hombre superior. Me ganas por todos conceptos. Quizá por eso te siga queriendo, porque eres distinto a los demás.

Mike sacó un cigarrillo y le prendió fuego.

—Te lo diré para que puedas saborear mejor tu victoria —dijo ella.

—¿El qué?

—Había pensado en que tú y yo podríamos empezar de nuevo.

—Secreto por secreto. También pensé yo en lo mismo.

—Oh, Mike.

—Pero cuando me dijeron que te casaste con Stevens empecé a renunciar a la idea.

—¿Crees que es un obstáculo insalvable?

—Absolutamente.

—No, Mike. Quizá no lo sea... Existe el divorcio.

—No se te ocurra separarte de él por mí.

—¿Por qué no?

—Entérate de una vez por todas. No me casaré ni tampoco te llevaré conmigo.

Se hizo otro silencio en la estancia. De pronto la joven echó a andar rápidamente, abrió la puerta y, salió.

CAPÍTULO VIII

Mike se despojó de la chaqueta y fue al cuarto de baño. Se lavó la cara y regresó al dormitorio para acostarse.

De pronto oyó voces por el corredor, acompañadas por un lloriqueo.

—¿Por qué no me dejas en paz, Jim?

—Vamos, nena. Ya me estás cansando.

Mike identificó las dos voces. Eran otra vez la pelirroja y el matón que se hospedaba en el fondo del corredor.

—¡No quiero entrar contigo! —gritó de pronto la pelirroja muy cerca de la puerta de Mike.

—¿Quiere que te sacuda?

—No te atreverás.

—Conque no, ¿eh?

Se oyó una bofetada y luego un grito.

Mike recorrió la distancia que lo separaba de la puerta y dio la vuelta a la llave, abriendo de pronto.

La pelirroja había caído al suelo, junto a la pared.

El hombre giró violentamente y al ver a Mike salir por el hueco retrocedió un paso.

—¡Condenado bastardo! —exclamó la chica. Mike chascó la lengua, observando la cara de Jim.

—¿Otra vez volviste a las andadas, chico?

—No se meta en esto, compadre.

—Creí que estabas escarmentado.

—Vuelva a su madriguera, perdonavidas.

—Yo te voy a decir a ti lo que vas a hacer, Jim.

—No pierda el tiempo.

—Te vas a largar del hotel.

—¿Es usted el dueño?

—No. No soy el dueño, pero te vas. Jim sonrió.

—Creo que me las va a pagar ahora. Sólo con que me toque, le voy a hacer un agujero. Tenía la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta:

—Cuidado, señor Lennon —dijo la pelirroja—. Tiene una pistola. Me la enseñó antes... Mike no dejaba de observar el brazo de Jim, cuya mano se perdía en el bolsillo.

—Jim será un buen chico. Éste no es un asunto que se arregle con armas.

—Claro que no —dijo Jim—. Usted no va a necesitar que yo le haga el agujero. Dará media vuelta y se meterá en su cuarto. Y quiero oír cómo se cierra con llave.

Mike sacudió la cabeza.

—Está bien. Por lo visto no tengo nada que hacer.

—Qué juicioso es usted.

—¿Juicioso? —dijo la pelirroja con voz decepcionada—. Yo le diría otra cosa.

—¿El qué, Judy? —preguntó Jim.

—No te lo diré.

—Yo lo haré por ti. —Jim rió a golpes—. Después de todo resulta que el señor Lennon es un cobarde.

—Bueno, amigos, ya me molestaron bastante —dijo Mike—. Váyanse los dos al infierno.

Se volvió para entrar en su habitación, pero de pronto se lanzó sobre Jim. Éste trató de sacar la mano armada, pero Mike llegó antes y se lo impidió descargándole un puñetazo en el plexo solar.

El matón cogió velocidad y se fue por el corredor.

Pero continuaba conservando la pistola en el bolsillo y Mike lo siguió en su carrera. Jim se desplomó en el suelo al tiempo que exhibía el arma.

Entonces Mike le pisó la muñeca y, agachándose, atrapó a Jim por las solapas.

—Deja eso.

—¡No, maldito!

Mike lo zarandéó golpeándole varias veces contra el suelo. Jim abandonó la pistola y Mike lo dejó libre.

Fue un error por su parte, ya que entonces Jim le propinó un

puntapié al bajo vientre. Mike cayó soltando arcadas.

La pistola había quedado a media distancia entre él y Jim y éste ya se estaba levantando riendo como un loco.

Mike lo aferró por el tobillo y a pesar de eso la puntera del zapato le rozó la sien. Luego tiró con fuerza, arrastrando a Jim.

Mike se dio mucha prisa, porque estaba cansado de aquella pelea. Conectó un puñetazo en el maxilar de su rival y repitió otra vez el golpe.

Jim se relajó quedando inconsciente.

Mike tomó la pistola y guardóla en el bolsillo.

Al levantarse vio a Judy que estaba de pie junto a su puerta, parpadeando. Mike caminó hacia ella.

—Bueno, chica; ¿a cuántos líos sales por día?

—Yo no lo busqué a él —dijo, señalando a Jim.

—Claro que no. Fue él quien te guiñó el ojo.

—Eh, ¿quién se cree que soy?

—Una chica de buena familia. Ella se mordió el labio inferior.

—Me cree una cualquiera, ¿eh?

—Dejemos eso.

—No. No lo podemos dejar. Piensa que soy una trotona.

—Oye, chica, ¿por qué no te vas a tu hotel? Señaló a Jim.

—El conoce la dirección.

—Puedes irte a otra parte.

—Me buscaría.

Mike se rascó la cabeza.

—Bueno, por lo visto sólo me llegue a Templetown para redimir mujeres.

—No necesito a nadie que me redima.

Jim empezó a levantarse. Estuvo a punto de caer, pero logró apoyar la mano en la pared cercana. Escupió un cuajo de sangre y se tocó la mandíbula.

—Anda, Jim, márchate —dijo Mike. Jim lo miró con ojos cargados de odio.

—Se ha cruzado dos veces en mi camino. No lo hará por tercera vez.

—Si hay otra vez, te juro que tardarás más tiempo en levantarte. Y entiende bien esto, Jim: La vas a dejar en paz a partir de ahora. Esta mujer no existe para ti. Y mantengo lo que he dicho antes.

Lárgate de este hotel.

—Usted no puede...

—Lárgate o te juro que te rompo la crisma —le interrumpió Mike yendo hacia él. Jim puso las manos por delante.

—Muy bien, me iré...

—Anda, empieza a moverte.

—Tengo mi equipaje ahí dentro.

—Te concederé un par de minutos. Y no saques otra pistola. Yo estaré preparado con la tuya. —Mike exhibió el arma.

Jim hizo un gesto afirmativo y se metió en la habitación. Al cabo de un par de minutos salió con una valija en la mano.

Pasó por entre la pelirroja y Mike, y la chica se encogió como si temiese que la volviese a golpear, pero Jim continuó su camino hacia la escalera. Se detuvo allí un instante para volver la cabeza, y por último desapareció.

Mike dio un suspiro.

—Bueno, chica. Se acabaron tus apuros por esta noche.

—Mañana empezarán de nuevo.

—¿Por qué te has quedado en este pueblo?

—Me gustó.

—Entonces, ¿tienes dinero para marcharte?

—Desde luego. Puedo llegar hasta Nueva York, que es de donde procedo.

—Yo te diré lo que vas a hacer. Mañana sacarás el boleto para Nueva York.

—Sí, señor Lennon.

—El único problema lo tienes planteado esta noche.

—¿Dónde voy?

Mike permaneció un rato pensativo. Finalmente miró hacia su habitación.

—Está bien, entra.

La joven se quedó un rato mirándole.

—¿Ahí? —dijo, señalando el cuarto de él.

—Es lo que te estoy diciendo. Sólo vas a dormir y no pienses en otra cosa. La joven empezó a ruborizarse.

—Me ha ayudado un par de veces, pero es usted un insolente.

—¿Entras o no?

La joven titubeó un instante, pero, finalmente, alzó la barbilla y

se introdujo en el cuarto.

Mike pasó también dentro y cerró la puerta.

La joven recorrió la estancia y miró el cuarto de baño.

—Sólo hay una habitación.

—Yo dormiré en el baño. No es la primera vez que lo hago. Sólo necesito una manta y la colcha. —Mike atrapó las dos prendas y se fue al cuarto de baño.

Cuando regresó, la joven estaba sentada en la silla, muy tiesa, como envarada.

—No debiera haber aceptado su invitación, señor Lennon.

—Olvidalo ya.

Ella se mojó los labios con la lengua.

—Me han explicado todo lo relacionado con usted.

—¿Sí? —Mike se dirigió a la mesilla de noche, atrapó su chaqueta y sacó los cigarrillos y la caja de fósforos.

—Sé que está metido en un buen lío —dijo ella—. Usted pretende que su hermano era inocente de ciertos crímenes.

—¿Quién te lo ha explicado?

—Clint Young.

—Ese viejo charlatán...

—Me he dado cuenta de que él lo quiere mucho.

Mike dio una fuerte chupada y después de exhalar el humo dijo:

—¿Qué hacías en el circo?

—Salía con el domador de leones.

—¿Disfrazada con una piel?

—No haga chistes malos. Tengo una bonita figura, ¿sabe?

—Sí, parece que la tienes.

—Lucía mucho con mi vestido de lentejuelas. Pero yo no quería eso para mí. Por las mañanas ensayaba con la orquesta como vocalista.

—Vaya, eres polifacética.

—Sólo pretendo ser cantante y actriz.

—Sí, y quieres ir a Hollywood.

—¿Cómo lo sabe?

—Figuraciones mías. Es muy tarde, ¿sabes? Será mejor que durmamos.

—Sí, señor Lennon.

—Mike a secas. Cada vez que me dices señor Lennon creo que

tengo cincuenta años.

—No diga tonterías. Estoy segura de que usted no tiene cuarenta años.

—Treinta y cuatro —dijo él, e hizo un fruncimiento—. ¿Tan viejo parezco?

—Oh, no... Lo que pasa es que casi nunca acierto.

—Se acabó la cháchara —dirigióse al cuarto de baño.

—Mike.

—¿Qué pasa ahora?

—Quisiera ayudarle.

—¿A qué?

—¿A qué va a ser? A solucionar lo de su hermano.

—No necesito tu ayuda.

—Clint me dijo que usted pretendía ir al Paraíso.

—Sí, ya fui.

—¿Sacó algo en claro?

—Casi nada.

—Yo puedo decirle algo del «Paraíso». He ido unas cuantas veces por allí.

—¿Has trabajado con ellos?

—Oh, no, aunque me hicieron buenas ofertas, y una de ellas partió de Lucky Vegas.

—¿Por qué no aceptaste?

—Pero Mike, no soy de esa clase de mujeres.

—Oh, sí, lo había olvidado. Perdona.

—Además, es gentuza.

—¿Cómo lo sabes?

—Hablé con unas cuantas muchachas de las que tienen allí y sé cómo se comportan con ellas. Cuando intentan marchar no las dejan, a menos que les interese. Hay una rubia con la que simpatiqué mucho. Se llama Clare Moore. Si necesitas información, ella nos la podría dar.

—Me temo que Clare Moore no conozca la información que a mí me interesaría.

—Podemos hacer la prueba.

Mike permaneció pensativo unos instantes.

—Está bien. Hablaré con ella mañana.

—Yo te acompañaré.

—No, nena. Tú te marchas mañana a Nueva York.

Mike se introdujo en el cuarto de baño y cerró la puerta.

Estuvo dudando un momento entre pasar el pestillo, pero al fin no lo hizo porque lo encontraba ridículo.

Cuando estaba a torso desnudo se acordó de que no había sacado el pijama.

Abrió la puerta y vio que Judy se había quitado el vestido y estaba en combinación.

—Cálmate —dijo él, mientras cruzaba ante el armario—. Sólo voy a coger mi pijama. Mike abrió el cajón y cogió el pijama.

De pronto se abrió de golpe la puerta que comunicaba con el corredor.

Mike se revolvió rápidamente maldiciendo por haberse dejado la pistola en la chaqueta.

Respiró con alivio cuando vio en el hueco a Spencer Milland.

La joven atrapó el vestido que estaba sobre la cama y se cubrió los hombros con él. Mike miró, indignado, a Milland.

—¿Por qué no llamó a la puerta?

—No me gusta eso, Mike —dijo Spencer.

—¿Qué es lo que no le gusta?

—Éste es un hotel decente. Mike se sintió hervir en cólera.

Pensó en Jim y en cómo había pretendido introducir en su cuarto a la pelirroja. Caminó hacia la puerta con el puño cerrado.

Spencer se vio en peligro y sonrió.

—Está bien, Mike. No te lo tomes así... Haré la vista gorda —dijo media vuelta y se fue hacia las escaleras.

Mike cerró con fuerza.

—Ese sucio bastardo...

—Yo soy la culpable —dijo la muchacha.

—No te preocupes. Ya nos ha dejado tranquilos.

Mike dio la vuelta a la llave y se fue al cuarto de baño con el pijama. Antes de cerrar volvió la cabeza.

—A propósito, nena, todavía no sé tu nombre completo.

—Judy Paige.

—Hasta mañana, Judy.

—Buenas noches, Mike.

Lennon se desnudó y cubrióse con el pijama. Luego se metió en la bañera y empezó a adoptar toda clase de posturas para

encontrarse cómodo. A la derecha, a la izquierda, encogido, hacia arriba... Sí; había dormido en una bañera pero, había sido cuando él era mucho más joven. Ahora sentía que le crujían los huesos y todas las posturas le resultaban incómodas.

Sí; tenía treinta y cuatro años, pero le pesaban como cuarenta. Aquella condenada muchacha tenía razón.

Saltó de la bañera y se miró en el espejo.

Descubrióse de pronto una cana y la observó atentamente arrugando la nariz, cogiéndola con dos dedos.

Se miró la dentadura, observóse de perfil y adoptó varios gestos, encontrándose más favorecido cuando estaba serio, porque en esa posición se le formaba un hoyuelo, en la mejilla derecha.

De pronto sonó el teléfono de la mesilla de noche. Oyó que la muchacha cogía el auricular.

—¿Sí...? Diga... ¿Cómo? ¿El señor Lennon?

Mike abrió la puerta. Judy se había acostado en combinación. Apartó el auricular de su oído.

—Para ti, Mike. Es Clint. El joven cogió el micro.

—Hola, Clint, ¿qué pasa?

—Escapa inmediatamente del hotel, muchacho.

—¿Qué ocurre?

—Te han preparado una encerrona. Duff Madigan no tardará en dejarse caer por ahí con un agente. Te van a detener.

—¿Cuál es la acusación?

—Tienes una pistola y no debes estar autorizado para ello porque no posees licencia de armas. Pero eso no es el principal cargo.

—¿Cuál es el otro?

—Corrupción de menores.

CAPÍTULO IX

Lennon colgó el auricular en la horquilla y se quedó mirando a Judy.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintitrés, pero voy para veinticuatro.

—La verdad... Es importante.

La joven se mojó los labios con la lengua.

—Veintiuno.

—¡Déjate de mentir!

—Diecinueve.

—Bueno, eso está mejor —dijo Mike, y cruzó hacia el cuarto de baño, pero antes de entrar se volvió—. ¡Empieza a vestirte!

—¿Se ha pegado fuego al hotel?

—Algo peor que eso. Me van a detener.

—¿Por qué?

—Por corromperte.

—Oh, no.

—Vístete y calla.

Mike entró en el cuarto de baño y cuando salió vestido, Judy terminaba de ponerse los zapatos.

—¿Cómo lo vas a solucionar? —preguntó ella.

—Metiéndote bajo tierra.

—Eh, que yo no tengo la culpa.

—Yo tampoco —repuso Lennon frotándose la cabeza—. Pero la cosa está muy difícil.

—Está bien. Me marcharé de aquí sola y echaré a correr.

—Sólo con que te atrapen me tendrán a mí también.

—¿Por qué?

—Spencer Millard nos vio juntos y ninguno de los dos estábamos

completamente vestidos. Con su declaración bastará. El jefe de la policía se ha propuesto meterme entre rejas y al fin lo va a conseguir.

—Oh, Mike, dime lo que tengo que hacer y lo haré sin titubear. ¿Quieres que me arroje por la ventana?

—No digas tonterías.

—Lo haría por ti sin vacilar.

Mike se la quedó mirando a los ojos.

—Creo que sé cuál es la única solución.

—Ya sé, quieres que me suicide.

—El suicida seré yo.

—No te comprendo.

—Nos vamos a casar.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído. Seremos marido y mujer y ha de ser enseguida.

—Pero..., pero ¿estás chiflado?

—Si me caso contigo antes de que nos atrapen, no podrán acusarme.

Cogió a la muchacha por el brazo y salieron de la habitación. Spencer Milland estaba en el registro.

—Eh, ¿a dónde van?

Mike sintió deseos de aplastarle las narices, porque era indudable que Milland había dado el soplo al jefe de policía. Pero no podía perder tiempo.

Salieron a la calle.

Mike miró a un lado y a otro. De pronto vio a lo lejos, por la acera, a Duff Madigan, quien llevaba a, su derecha al agente Fuller.

Mike abrió la portezuela del coche.

—Adentro, muchacha.

Cuando él ocupaba el volante oyó la voz de Fuller.

—¡Párate ahí, Lennon!

Mike hizo arrancar el coche y giró el volante con rapidez.

El coche dio la vuelta sobre dos ruedas y salió disparado de aquel lugar. Recorrieron tres o cuatro calles y, al final, Mike frenó ante la casa del juez Elbert Kittson.

La ceremonia de la boda les consumió media hora, porque tuvieron que sacar a Kittson, de la casa. Sirvieron de testigos la señora Kittson, con la cabeza llena de bigudíes, y la sirvienta de los

Kittson, una rolliza campesina llamada Louise Maddox.

Mike recabó el oportuno certificado.

El juez, su esposa y la criada les desearon mucha felicidad, pero los tres estaban extrañados de la forma en que se comportaban aquellos novios, ya que terminada la ceremonia no hubo siquiera un beso.

Los contrayentes se despidieron de los Kittson y salieron de la casa. Mike condujo a una velocidad moderada.

De pronto, Judy se puso a llorar.

—¿Qué te pasa? —inquirió Mike.

—Estoy emocionada. ¿No tengo derecho a estarlo?

Ha sido mi boda.

—No pienses demasiado en ello. Puedes divorciarte mientras regresas a Nueva York.

—¿Qué dices?

—Te marcharás a primera hora y lo nuestro será una despedida definitiva.

—Comprendo.

—Sólo nos hemos casado por conveniencia. Recuérдалo. Ella respiró profundamente.

—¿Acaso crees que yo estoy enamorada de ti?

—No, no lo creo.

—Quiero llorar. Al fin y al cabo, es mi primer matrimonio.

Mike sacó la pistola del bolsillo de la chaqueta y después de limpiar sus huellas dactilares la dejó en la gaveta. Si la encontraban allí diría que no era suya, ya que no portaba licencia de armas. Alguien la había dejado en aquel lugar sin su consentimiento. Tal como se estaban poniendo las cosas, podría necesitar el arma.

Cuando aparcaron junto al hotel, vieron que en la puerta se hallaba el agente Fuller.

Saltaron fuera, y Rory abrió mucho la boca al verlos llegar. De pronto se llevó la mano a la pistolera.

—Quédate ahí, Mike.

—Buenas noches, Rory —le sonrió Mike—. Caramba, ¿qué te pasó? Tienes las narices hinchadas —recordaba la forma en que Rory había golpeado contra el suelo de la cocina de Anette Karina.

—A ti te vamos a hinchar algo más que las narices.

—¿Qué dices, Rory? No está bien que un agente de la autoridad

amenace. Vamos, nena. —Mike tomó a la joven del brazo y ambos entraron en el hotel.

—Eh, Mike, espera —dijo Rory.

—Lo siento, no puedo esperar.

—El jefe quiere verte.

—Estaré en mi habitación.

—Sí, ¿eh?

—Seguro, Rory. Dile a Madigan que si quiere verme tendrá que venir aquí.

—Creo que lo va a hacer con mucho gusto. Los dos jóvenes se dirigieron a la escalera.

Spencer Milland se quedó asombrado al verles pasar por enfrente.

—Hola, señor Milland —dijo Mike haciendo un saludo con la mano—. No hace falta que haga una llamada a Madigan. Rory Fuller se ocupará de avisarlo.

Milland no dijo nada, porque se había quedado sin habla.

Una vez arriba, Mike tomó la botella de *whisky* y vertió todo el contenido en el vaso.

—Bueno, nena, no tenemos champaña, pero podemos brindar. Ella cruzó los brazos.

—No lo haré.

—¿Por qué no?

—Estás llevando la burla demasiado lejos. Admita que nos hemos casado por conveniencia, pero ya terminó todo para mí.

—Muy bien, Judy. Como quieras —sonrió él—. Beberé yo. Mike bebió un largo trago y dejó el vaso en la mesilla de noche. Judy estaba apoyada junto a la ventana mirando afuera.

—¿En qué piensas? —preguntó él.

—En el muchacho que quiso casarse conmigo. Se llama Billy.

—¿Es de Nueva York?

—No, trabajaba en el circo. Era el tragasables. Lo hacía muy bien, y me quería...

—¿Por qué no te casaste con él?

—Yo no sentía nada por Billy. Quiero decir, sólo me era simpático.

—Habrías terminado por quererle.

—Es posible, pero no me quise arriesgar. Me había prometido

que cuando me casase lo haría muy enamorada del hombre que fuese mi marido.

—Bueno, pequeña, las circunstancias a veces nos hacen variar de planes. Ella volvió la cabeza.

—¿A quién quieres tú?

—¿Cómo?

—¿De quién estás enamorado?

—De nadie.

—Pero lo estuviste antes.

—Sí.

—¿Quién era ella?

—Una mujer de esta ciudad. Es una historia que ocurrió hace un millón de años.

—Edna Stevens.

El la miró con las cejas enarcadas.

—De modo que también te enteraste de eso.

—Sí, se lo pregunté a Clint.

—¿Llegaste a mi infancia?

—¿Por qué te molesta que haya preguntado acerca de ti?

—Está bien. No tiene importancia.

—¿Es que la sigues queriendo?

—¿Quién se hospeda en esta habitación, Milland?

—Lo dices de una forma que parece continúas enamorado de ella.

—Oye, ¿te importa a ti algo?

—¿Qué me va a importar? Sólo estaba haciendo una pregunta.

En aquel momento se abrió bruscamente la puerta, y el jefe de policía Duff Madigan penetró en la estancia seguido de Rory y Spencer Milland.

—Hola, jefe —dijo Mike—. ¿Un trago de *whisky*? Duff Madigan sonrió.

—Creo que no estás para fiestas, Mike.

—¿Qué le pasa, jefe?

—Quedas detenido.

—¿Por qué?

Duff se dirigió al dueño del hotel.

—¿Quién se hospeda en esta habitación, Milland?

—Sólo está inscrito Mike.

—¿Y cómo está ella aquí?

—Mike la invitó a pasar con él la noche. Duff cabeceó volviendo a mirar a Mike.

—Bueno, chico, continuaremos hablando en la comisaría.

—No, jefe. Continuaremos hablando aquí. Hasta ahora no le he oído ningún cargo.

—Ella es una menor.

—Sí, eso me dijo..., pero en este Estado no es ningún inconveniente para que un hombre se case, siempre que él sea mayor de edad.

Los tres hombres que se enfrentaban con Mike hicieron gestos de sorpresa.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Duff.

—Les presento a la señora Lennon.

—Está mintiendo —saltó Rory—. No lo crea, jefe. Duff apretó los maxilares.

—Conque has hecho eso, ¿eh, Mike?

—Es su coartada, señor Madigan —dijo Rory.

—Calla, estúpido —le replicó Duff con un gesto imperioso.

Mike extrajo el certificado de que lo había provisto el juez Kittson y se lo alargó a Duff.

—¿Quiere echar una mirada a esto, jefe? Madigan movió la cabeza.

—No es necesario.

—Nos casó el juez Kittson. Puede verificarlo cuando guste. Quedamos inscritos en el torno segundo correspondiente a este año.

—Está bien, Mike —dijo Duff—. Otra vez has ganado. Pero te supongo con un poco de seso.

—Oh, se refiere a los hijos. Los podemos tener desde ahora. Ahorré bastante dinero.

—No, Mike. No me refiero a los hijos y tú lo sabes. Te lo diré de otra forma. Te convendría pasar la luna de miel lejos de esta ciudad.

—Es lo que he pensado yo.

—Lo celebro.

—No me ha dejado terminar, jefe. Se irá mi mujer. Yo continuaré aquí. Más tarde nos reuniremos para disfrutar de nuestra luna de miel.

Duff Madigan entrecerró los ojos.

—Corriente, Mike.

Dio media vuelta para marcharse, y de pronto Rory exclamó:

—Eh, señor Madigan, se olvida de la pistola.

—¿Qué pistola? —preguntó Mike. Duff miró al agente.

—Cuando fueron a casarse tuvo suficiente tiempo para deshacerse de la pistola. Ya no la tiene, Rory.

Fuller se mordió el labio inferior y salió de la habitación siguiendo a su jefe y a Milland. Cuando la puerta se hubo cerrado, Mike se echó a reír.

—Se la jugamos bien, pequeña.

—Eres muy listo.

—Bueno, ahora a dormir...

—¿A dormir?

—Tú aquí, yo en el cuarto de baño. Igual que si no hubiera pasado nada. Empezó a quitarse la chaqueta.

—Ah, nena. Recuerda que nos hemos de levantar temprano. Te acompañaré a la estación para dejarte en el tren.

—Sí, Mike.

—¿Quieres dar la vuelta a la llave? No quiero más sorpresas. Ya tuvimos bastante por esta noche.

En aquel momento sonó el teléfono. Judy tomó el auricular.

—Sí, Clint, aquí estamos otra vez —miró a Mike—. Todo quedó solucionado. ¿No lo sabía...? Mike Lennon es un gran hombre que tiene recursos para todo. ¿De qué forma...? Casándonos. Sí, ahora soy la señora Lennon... Ahórrese la enhorabuena, Clint. Será por poco tiempo. Naturalmente, fue un matrimonio de mutuo interés... El cuello es una cosa muy importante. Hasta mañana, Clint. Gracias por todo en nombre de mi marido.

Judy colgó y cruzó los brazos.

—¿Sabes una cosa, Judy? —dijo Mike.

—¿El qué?

—Eres una gran chica.

Después de eso, Lennon se metió en el cuarto de baño.

CAPÍTULO X

Mike despertó sintiendo agudos pinchazos por todo el cuerpo.

Le costó mucho trabajo salir del baño y, cuando lo hubo conseguido, movió la cabeza de un lado a otro frente al espejo.

Vio por la ventana filtrarse los rayos del sol, y tuvo la impresión de que era muy tarde. Corrió hacia la silla donde había dejado el reloj. Las manillas señalaban las diez y media de la mañana.

Abrió de un tirón la puerta y vio que la cama estaba hecha, pero Judy no se encontraba en la habitación.

Entonces lo comprendió. La chica se había marchado sin despedirse para no interrumpirle el sueño. En ese momento estaba camino de Nueva York.

Tomó un baño y se afeitó.

Cuando estuvo vestido respiró profundamente y miró por la ventana a la calle.

Alex Perkins hablaba en su establecimiento con un grupo de hombres. Naturalmente, el tema de conversación sería el, Mike.

Una mujer estaba lavando la entrada del bar de Joe.

En la puerta del Banco había otro grupo de gente reunida. Uno de los tipos era Rory Fuller.

Mike se puso la chaqueta y abandonó la habitación.

Will Adams le dio los buenos días desde el registro y Mike le correspondió con una sonrisa.

Lennon se dio cuenta de la sensación que producía entre los ciudadanos que había en la calle.

Inspiró profundamente el aire fresco de la mañana y cruzó la calle penetrando en el bar de Joe.

De pronto se detuvo en el umbral, viendo a Judy sentada en compañía de la rubia. Las dos estaban en el segundo reservado.

Sintióse lleno de indignación y echó a andar ignorando el saludo de Joe.

—¿Que haces aquí? —preguntó, cuando llegó junto a la pelirroja. Ella todavía no lo había mirado y ahora alzó los ojos.

—Ah, hola, maridito, ¿dormiste bien?

—Tenías que largarte.

—Priscilla, te presento a mi esposo.

—Encantada de conocerlo, señor Lennon —dijo Priscilla, una chica muy mona de cara.

—Gracias, Priscilla —repuso él y apenas le dedicó una mirada, porque toda su atención estaba concentrada en Judy—. Vamos, levántate.

—Oh, no, Mike. Aquí me encuentro muy bien.

—Tienes que emprender el viaje.

—Cambié de opinión.

—¿Qué?

—Me quedo aquí.

—No digas tonterías.

—No es ninguna tontería. Ya te dije que me gustaba Templetown, de modo que me quedaré.

Mike fue a decir algo, pero no encontró las palabras adecuadas.

—Está bien, nena, pero te las vas a componer sola a partir de ahora.

—Claro que sí, maridito. ¿Cómo crees que me las compuse hasta que te conocí ayer?

Mike apretó los dientes con rabia y dio media vuelta encaminándose hacia el reservado de en frente, donde se sentó.

—Eh, Joe.

—Dime, muchacho.

—Tráeme huevos revueltos, café negro y un par de tostadas.

—En seguida, Mike.

Lennon sacó el paquete de cigarrillos y encendió uno.

Judy estaba hablando con la mayor naturalidad con su amiga Priscilla. Al cabo de un rato, Joe salió de la cocina portando una bandeja.

Se acercó a la mesa de Mike y dejó el servicio. Lennon se puso a despachar el almuerzo.

De pronto oyó pasos junto a la entrada, y al alzar los ojos vio

entrar a. Ed Masterson, el verdugo de Lucky Vegas. Pero Masterson no estaba solo. Le acompañaban Jim, el tipo que había pretendido abusar de Judy y Sloan Lloyd, el retrasado mental.

Jim habló por la comisura de la beca a Masterson, pero Mike no pudo saber lo que decían.

Masterson y su compañero se dirigieron al mostrador mientras Jim caminaba hacia los reservados.

Mike se relajó en el asiento cuando Jim se detuvo junto a Judy.

—Hola, nena.

Judy siguió hablando con Priscilla.

—Levántate —dijo Jim. Ahora la pelirroja lo miró.

—Te dije que no me molestases, Jim.

—Vas a venir conmigo.

—¿A dónde?

—Al «Paraíso».

—Contigo no voy ni a ese sitio.

—Eres muy chistosa, nena, pero he venido por ti y tendrás que venir a la fuerza. Mike habló sin levantarse del asiento.

—Al parecer olvidaste lo que te dije, ¿eh, Jim? El matón se volvió hacia él.

—No se meta en esto.

—No tengo más remedio que meterme, Jim.

—¿Sí? —sonrió el otro.

—Ella es mi mujer.

—Ya lo sé.

—De modo que lo sabes y has venido a buscarla.

—También sé que fue un matrimonio de pega. Usted no tiene ningún derecho sobre ella.

—Ante la ley es mi esposa, Jim, y ningún otro hombre puede tocarla.

Jim dirigió una mirada a la parte del mostrador donde se encontraban Masterson y Sloan.

Los dos tipos que trabajaban para Lucky Vegas se pusieron a andar lentamente, encaminándose al lugar donde se había iniciado la discusión.

—¿Qué pasa, Jim? —preguntó Ed Masterson.

—La chica no quiere venir. ¿Y sabes otra cosa, Ed? Lo gracioso es que su marido no la deja. Dice no sé qué de la Ley.

Sloan Lloyd, el retrasado mental, soltó una risita.

—Arriba, nena. Te vamos a llevar con tu tío Jonathan, que te echa mucho de menos.

—No tengo ningún tío que se llame Jonathan.

—Claro que lo tienes pequeña. Te ha salido de pronto. Jim retrocedió para dejar paso a Sloan.

Mike puso las manos sobre el borde de la mesa.

—Eh, Sloan.

El rubio se volvió.

—¿Qué le pasa a usted?

—Siento asco por los rufianes.

Sloan empezó a meter la mano en el bolsillo.

Mike no tuvo duda de que iba a sacar un arma, Matraca o pistola. Levantó la mesa con fuerza y la lanzó sobre el rubio.

La mesa golpeó contra el pecho de Sloan y todos los trastos fueron por el suelo.

Ed Masterson llevó una mano a la axila, pero Mike saltó sobre él soltándole la derecha en la mejilla.

Masterson dio dos vueltas sobre sí mismo y se desplomó golpeando la cabeza contra una silla y quedando en inferioridad de condiciones.

El rubio se había derrumbado también, pero ya se estaba poniendo otra vez en marcha, extrayendo una gruesa cachiporra de caucho.

Mike saltó por encima de la mesa con las piernas en el aire y cayó con todo su peso sobre Sloan, quien estrelló el pecho contra el suelo, lanzando un aullido de dolor.

Mike tomó la cachiporra y se incorporó cuando Jim se lanzaba contra él.

La cachiporra trazó una curva y golpeó con terrible fuerza en el mentón de Jim. Se oyó un chasquido, y Jim se derrumbó en el piso.

Había bastado un minuto para que Mike se desembarazase de sus enemigos, aun cuando sólo Sloan estaba privado del conocimiento. Pero los otros dos, Jim y Masterson, se movían en estado de semiinconsciencia.

Mike tomó a Judy por el brazo.

—Vámonos de aquí.

Tuvo que dar un tirón a la joven para levantarla del asiento.

—Hasta luego, Priscilla.

—¡Qué hombre te llevas! —exclamó la rubia. Camino de la puerta, Mike se dirigió a Joe.

—Ajustaremos cuentas más tarde.

—No te preocupes, chico. Ha valido la pena.

Salieron del establecimiento.

—Estuviste muy bien, Mike.

—Terminarán por conseguirlo, Judy.

—¿El qué?

—Meterme en la fosa.

—Ah, no, Mike.

—Tenía ya suficientes líos y ahora te has puesto tú por medio.

—No ha sido culpa mía.

—Has podido marcharte.

—Pero te quiero ayudar.

—Si insistes en tu idea, sólo ocurrirá una cosa. Te quedarás conmigo en el cementerio de esta ciudad.

—Eso no me importa.

El la detuvo haciéndola girar bruscamente.

—Te debe importar. Tienes diecinueve años. Todavía no has empezado a vivir.

—Muy bien. Tengo diecinueve años, pero también tengo derecho a elegir.

—¿Cómo puedes elegir si no sabes lo que es bueno o malo?

—Oye, Mike, estar contigo es bueno.

—No sabes lo que dices. Soy como un barril de dinamita. Cuando estalle, todo el que esté a mí alrededor saltará por los aires.

—Te he dicho que no me importa.

Mike se pasó la mano por el cabello en un gesto de exasperación.

—Está bien, muchacha. Me vas a ayudar.

—¿Qué tengo que hacer?

—Me hablaste de una amiga tuya, de esa Clare.

—Sí.

—¿Vive en la ciudad?

—Desde luego.

—Vayamos a hablar con ella.

Mientras se dirigían al coche, los hombres se les quedaban

mirando.

—Su apartamento está a la entrada del pueblo, cerca de la estación de gasolina —dijo Judy.

El edificio al que se refería Judy constaba con tres pisos y era de piedra gris. Clare vivía en la puerta número seis.

Judy apretó el botón de la puerta, y a poco se abrió apareciendo enmarcada la bonita figura de una joven morena de unos veintiséis o veintisiete años. Se cubría con pantalones de pijama y blusa suelta.

—Buenos días, Clare. Te presento a mi marido, Mike Lennon. La joven parpadeó.

—¿Te has casado?

—Tenía ganas de variar.

Clare había empezado a sonreír, pero de pronto quedó seria.

—¿Has dicho Mike Lennon?

—Sí.

—Me alegro mucho, Judy, pero estoy ocupada... Lo siento yo...

—¿Quién le ha dicho que no hable conmigo, Clare? —preguntó Mike.

—Pero ¿qué dice?

—Le advirtieron, ¿verdad?

—Oh, no, no me han advertido nada, pero he oído hablar de usted acerca de un asunto de crímenes.

—No soy ningún asesino. Judy porfió.

—Sólo te entretendremos unos minutos, Clare. Por favor.

—Está bien. Pasad.

La morena los introdujo en un *living* amueblado con buen gusto.

Mike y Judy se sentaron en sendos sillones, pero Clare quedó en pie, apretándose nerviosamente las manos sobre el estómago.

—¿De qué quiere hablarme, Mike?

—De una compañera suya, Anette Karina. La joven se estremeció, visiblemente.

—Está muerta. La asesinaron.

—Sí, Clare. He venido aquí con la esperanza de que usted supiese algo acerca de ella.

—No sé nada.

Pero Mike se dio cuenta de que Clare había contestado demasiado aprisa.

—Oiga, Clare, ¿no le gustaría que el asesino de Anette llevase su merecido?

—Sí, desde luego.

—Le puedo prometer que caerá en manos de la Justicia, pero necesito un poco de ayuda.

La joven se apretó la frente con la mano mientras daba unos pasos por la estancia. De pronto se volvió hacia Mike diciendo:

—No puedo. De verdad, señor Lennon.

—Usted tiene miedo. Piensa que los hombres de Lucky Vegas pueden darle un buen escarmiento.

—¿Y no ocurrirá así?

—Si me doy mucha prisa, ellos no tendrán tiempo para vengarse de nadie. La joven Clare respiró profundamente.

—Es posible que lo que le pueda decir no le sirva de ninguna ayuda.

—Diga lo que sepa.

—Anette Karina me dijo una vez que todo el tinglado que había montado en esta ciudad se podía venir abajo.

—¿A quién se refería? ¿Sólo a Lucky Vegas?

—No. Ella habló también de los policías y de la familia Stevens.

—¿De la familia Stevens?

—Sí.

—¿Se refiere en concreto a Jeff Stevens?

—No, no habló directamente de ningún miembro de la familia.

—¿Por qué pensaba que el tinglado se iba a derrumbar?

—No me lo contó, pero dijo que había una persona que estaba al corriente de todo.

—¿Quién era esa persona?

—El doctor Lucius Benet.

Mike conocía al doctor Benet. Era especialista en ginecología. Un hombre extraño. Antes de que él, Mike, abandonase la ciudad, se decía que el doctor Benet podía haber ejercido su profesión en el mismo Nueva York y tener la mejor clientela, pero el doctor nunca había salido de Templetown, porque estaba dedicado a investigaciones de su especialidad.

—No le puedo decir más, señor Lennon. Mike se puso en pie.

—Está bien, Clare. Ya ha contribuido en algo y se lo agradezco.

—Le pido por favor que no mencione mi nombre.

—No se preocupe. Tiene mi palabra de que sabré guardar silencio. Clare sonrió, alargando la mano a Judy.

—Enhorabuena, Judy. Tienes un marido estupendo.

—Lo malo es que no puedo conservarlo. Mike chascó la lengua.

—Vamos, nena. Hay trabajo en otra parte.

Cuando salieron del edificio, Mike se dio cuenta de que en la estación de servicio de Storm había detenido un coche negro. Storm, estaba manipulando con el poste de la gasolina.

Lennon hizo arrancar el coche, y cuando iba a doblar por la próxima esquina vio en el espejo retrovisor que un hombre estaba pagando muy aprisa a Ernie Storm.

Apretó a fondo el acelerador.

—Vas a bajar del coche, Judy.

—¿Por qué?

—Nos siguen.

—Prefiero quedarme contigo.

—Me vas a obedecer ahora o te retuerzo el pescuezo.

—Ya salió el hombre de las cavernas.

—Si no quieres que me atrapen, tendrás que darte mucha prisa en abrir la portezuela cuando yo frene. Es el mejor favor que me puedes prestar.

—¿Por qué no me llevas a casa de ese doctor?

—¿Quieres de verdad ayudarme?

—Claro que sí.

—¡Lárgate!

Mike dobló a la izquierda y apretó el pedal del freno.



Los neumáticos del coche chirriaron y el vehículo empezó a detenerse.

—Vamos, fuera.

Pero Mike tuvo que alargar el brazo y abrirle la portezuela.

Judy saltó y pegó un empujón a la portezuela cerrándola de golpe. Mike salió disparado.

Vio por el retrovisor que Judy se introducía rápidamente en un edificio y dio un suspiro de alivio.

Minutos más tarde llegaba a la casa del doctor Lucius Benet.

Había un portón de hierro que daba acceso al jardín. Estaba abierto.

Mike se coló por el hueco, llevando el «Ford» hasta la misma

escalinata de la casa. Guardó la pistola en el bolsillo y saltó fuera. Estuvo escuchando un rato. Al parecer había logrado despistar a sus perseguidores.

Echó un vistazo a la casa. Era una vieja mansión gris cuyo jardín estaba abandonado. Todo ofrecía un tétrico aspecto.

Apretó el timbre y le llegó desde el interior las notas de un carrillón.

La puerta le fue abierta por un individuo de cara huesuda que se cubría con una bata blanca.

—¿Qué desea?

—Hablar con el doctor Benet.

—Lo siento. El doctor Benet no recibe visitas hoy. Sólo los sábados.

—Oiga, es muy importante.

—No lo dudo que lo sea para usted, pero las órdenes del doctor son definitivas. El de la bata blanca fue a cerrar la puerta, pero Mike cargó con el hombro.

—Eh, no puede hacer eso. Salga de aquí inmediatamente o llamo a la policía. Lennon no podía perder más tiempo. Sacó la pistola del bolsillo.

El huesudo retrocedió agrandando los ojos.

—¿Qué va a hacer?

—Llévame hasta el doctor y no te pasará nada.

—Sí, señor. Ahora mismo... No dispare.

—Eso va a depender de ti.

Mike fue conducido hasta una pesada puerta.

—Está ahí dentro —dijo el huesudo. Lennon puso la mano en el tirador.

—Oye, chico, compórtate bien. He venido aquí en son de paz. Sólo se trata de un cambio de impresiones.

Mike abrió la puerta y se coló dentro.

Detrás de una mesa estaba el doctor Benet, que frisaba en los cuarenta años de edad y era un hombre de cabello gris y ojos saltones.

Mike avanzó hacia la mesa.

El doctor Benet estaba leyendo un libro y todavía no se había percatado de su presencia.

—Buenos días, doctor. Lucius Benet alzó la cara.

—¿Qué hace usted aquí? Di órdenes a Marcus de que no fuese molestado.

—Sí, Marcus me lo dijo, pero yo tuve que utilizar esta pistola para abrirme paso —mostró el arma y la volvió a guardar.

El doctor no perdió un ápice de su serenidad.

—Usted no me recuerda, doctor —prosiguió el joven— Soy Mike Lennon.

—No. No le recuerdo.

—Hermano de Johnny Lennon. Estoy seguro de que a él lo recordará. El doctor Benet se rascó una patilla.

—Johnny Lennon, el asesino.

—¿Usted cree que fue un asesino?

—Quedó establecido que mató a Donald Stevens y también quitó del medio tíos policías cuantío trató de huir de la cárcel.

—Exactamente, doctor. Sólo le falta decir que mi hermano fue muerto por el actual jefe de policía, Duff Madigan.

—Lo recuerdo todo perfectamente, señor Lennon.

—¿Qué tiene que decirme respecto a eco?

—No le comprendo.

—¿Fue realmente mi hermano el asesino? El doctor Benet sonrió.

—Señor Lennon, me temo que usted ha venido aquí mal encaminado.

—¿Lo cree así?

—Estoy seguro.

—Tío podría probarle lo contrario, pero le diré el nombre de la persona que me dio su dirección.

—¿Quién?

—Anette Karina.

—¿Anette Karina? ¿Se refiere a la chica que ha muerto asesinada?

—La misma, doctor.

Lucius Benet entornó los ojos.

—¿Cuál es su juego, señor Lennon?

—He tratado de sacar un as de la manga, pero no me dejan. El médico se echó a reír.

—Tiene usted una forma muy divertida de hablar, señor Lennon.

—Anette Karina fue su paciente —dijo Mike, al azar.

—Sí.

—Creí que usted sólo se dedicaba a investigaciones. —Sólo asisto a pacientes en casos excepcionales.

—¿Qué le pasaba a Anette Karina?

—Perdone, pero no puedo dar cuenta a un extraño de las enfermedades de mis clientes.

—Ella iba a tener un hijo.

—¿Cómo?

—Empiezo a comprender, doctor.

—¿Qué es lo que empieza a comprender?

—Se dedica a eso. Lo demás es una pantalla.

Una venilla se hinchó en la sien de Benet.

—¡No le consiento que...!

Mike se acercó lentamente a un fichero metálico.

—Seréne, doctor. En realidad, no hemos hecho más que empezar con usted.

—Ya ha terminado, Lennon. Márchese. ¿O es que quiere que llame a la policía?

—No lo hará.

Benet alargó la mano y atrapó el auricular. Mike lo dejó hacer y Lucius empezó a marcar.

—¿A qué policía va a llamar?

Benet interrumpió el movimiento de su mano sobre el dial. Mike le sonrió.

—¿Al jefe Duff Madigan, verdad? No a un policía cualquiera, sino al jefe, porque también forma parte de la combinación.

—No sé a qué combinación se refiere.

—Le daré un pequeño avance de lo que conozco. Usted es el encargado de que las chicas que trabajan en «El Paraíso» no tengan descendencia. Naturalmente, recibe buen dinero por su trabajo. Duff Madigan está al corriente de todo, porque es un socio más de la empresa, igual que Lucky Vegas. Si algo sale mal, Duff Madigan les echa una mano, aunque Lucky Vegas tiene hombres suficientes para enderezar por sí mismo las cosas.

—Usted está loco.

—Sería bueno eso de que usted lo pudiese probar, ¿verdad, doctor? Mi hermano un asesino, y yo un loco. La familia ejemplar.

—Al parecer no me deja otra alternativa que avisar a la policía.

—Se equivoca, doctor. Le voy a dar una oportunidad.

—¿A qué se refiere?

—Quiero que me diga quién mató a mi hermano.

—No sé nada de eso. Mike sacó la pistola.

—Claro que lo sabe, doctor. Ahora estoy seguro de que usted está tan informado como el propio hombre que mató a Donald Stevens.

Lucius Benet miró el arma que Mike esgrimía y se mojó los labios con la lengua.

—No se atreverá a disparar.

—Pero podría destrozarle la cara, doctor. Quedaría muy mal.

El doctor se echó en el respaldo, tiró de un cajón e introdujo la mano izquierda en el interior.

Mike rodeó la mesa y abatió el brazo con el que esgrimía la pistola, golpeando con el cañón en la clavícula de Lucius.

El doctor lanzó un gemido y se escurrió en el sillón. Su mano no había podido alcanzar la pistola cuya posesión pretendía.

Mike pegó un rodillazo al cajón, cerrándolo.

Luego atrapó con la mano libre el cuello de la chaqueta de Benet y tiró de él hacia arriba.

Lucius volvió la cara. Sus ojos estaban llenos de temor.

—¿Qué va a hacer, señor Lennon?

—Eso va a depender de usted.

—Tengo aquí quinientos dólares, señor Lennon. Se los daré y, por favor, váyase.

—No, Benet. No me iré sin que usted haya soltado prenda.

—Me está comprometiendo demasiado y usted también se está mezclando en un buen lío.

—Dígame quién mató a mi hermano.

De repente se abrió la puerta de acceso al despacho y dos tipos irrumpieron en la habitación con la pistola por delante.

Antes de decir nada, los dos fulanos se pusieron a disparar.

CAPÍTULO XI

Mike Lennon se dejó caer en el suelo y empezó a apretar el gatillo por debajo de la mesa.

Sintió que dos balas picoteaban en la pared. Un grito de muerte rasgó la atmósfera.

Había brotado de la garganta del doctor Lucius Benet.

El primer proyectil de Lennon alcanzó a uno de los gánsteres en el vientre, y se desplomó en el suelo y empezó a dar vueltas en la alfombra, soltando grandes gritos.

Mike gateó por debajo de la mesa sin dejar de disparar. Sintió cómo otro proyectil golpeaba contra la madera. Hizo fuego sobre el superviviente.

La primera bala se perdió en la pared del fondo, pero las otras alcanzaron su objetivo.

La carne del pistolero.

El tipo se derrumbó hacia atrás y todavía disparó su arma, pero lo hizo cuando ya estaba tendido y el plomo se incrustó en el techo.

Mike dejó quieta el arma y se puso en pie.

El doctor Benet estaba en el sillón con los ojos desorbitados y la boca muy abierta.

Tenía dos orificios en el pecho.

El individuo que había recibido el plomo en el vientre dejó de dar gritos y quedó inmóvil.

Su compañero hacía tiempo que ya estaba muerto. Lennon acudió al lado de Benet.

—Conteste a mi pregunta de antes, doctor. ¿Quién mató a mi hermano?

El doctor intentó hablar, pero de sus labios sólo salieron sonidos incoherentes. Mike se agachó sobre él, pero no logró entender nada

de lo que decía.

—Vamos, Benet, se va a morir y usted lo sabe. Tiene que decirlo... Un nombre.

De pronto vio cómo el doctor levantaba la temblorosa mano señalando el cajón de la derecha.

Luego expiró, doblando la cabeza sobre el pecho.

Mike abrió de un tirón el cajón que Benet le había señalado.

Sacó varias carpetas y las revisó una a una. En el interior sólo encontró informes de carácter doctrinal que se referían a la especialidad del doctor Benet, pero en la última carpeta encontró una agenda. La abrió por varias páginas. Había unos cuantos nombres. Metió la mano en el cajón y sólo encontró lapiceros y otras dos carpetas que, como las anteriores, contenían la misma clase de documentos.

De pronto oyó el chirriar de frenos a la puerta de la casa.

Se metió la agenda en el bolsillo, porque no tenía tiempo para consultarla y cruzó la habitación deteniéndose ante uno de los gangsters muertos para apoderarse de la pistola que había en la alfombra.

Abrió la puerta, pero la cerró al instante al ver avanzar desde el vestíbulo a varios tipos que portaban armas. Dio vuelta a la llave.

Corrió hacia la ventana que había al fondo y la abrió sin detenerse un segundo. Luego saltó por el alféizar.

Sus pies golpearon en la tierra dura del jardín.

Se encontraba a un lado de la casa. Tenía que dar la vuelta para salir al camino que conducía al portón.

Avanzó rápidamente hacia la esquina y echó un vistazo.

Oyó el vocerío de los hombres al tratar de abrir la puerta del despacho.

En la escalinata habían quedado dos hombres, los cuales también tenían pistola.

El coche negro que había visto en la estación de servicio de Storm se encontraba ahora delante del suyo, bloqueándole la salida.

—¡Quietos, muchachos! —gritó y echó a correr.

Pero los dos tipos no se estuvieron quietos y volviéronse con las armas en la mano. Mike les envió un aluvión de plomo.

Los dos tipos se desplomaron por la escalera heridos de muerte.

Mike no podía perder tiempo. Se metió en su coche y retrocedió

muy aprisa. Luego dobló el volante y corrió hacia el portón.

En ese momento le empezaron a disparar desde la casa.

Dos balas penetraron por la ventanilla de atrás y destrozaron el parabrisas. Una lluvia de cristales pequeños lo roció por cabeza y hombros.

Mike dobló bruscamente el volante y se encontró a salvo porque tenía despejado el camino.

Pisó a fondo el acelerador alejándose de la casa del doctor.

* * *

Edna Milles besó a su marido en la comisura de la boca.

Jeff Stevens era de mediana estatura, rollizo, de cabello rubio y nariz aguileña, muy delgada.

—Siento dejarte esta noche —dijo Jeff y abrazó contra sí a su mujer—, pero he de hablar con un enviado del gobernador para conseguir a toda costa esa contrata por cuenta del Estado.

—Te esperaré despierta, querido.

Jeff la besó en la nariz y salió de la casa.

Edna se cubría con un batín color rojo. Titubeó un momento entre ir a la biblioteca para ver la televisión o meterse en la cama.

Realmente, no tenía deseos de una cosa ni de otra. Encontrábase desasosegada y ella sabía el motivo de ese nerviosismo. Se llamaba Mike Lennon.

Finalmente, se decidió por la televisión. Sentóse frente a la pantalla y encendió un cigarrillo.

De pronto llamaron discretamente a la puerta.

Cuando autorizó la entrada, apareció Evans, el criado de los Stevens.

—Señora Stevens, el señor Lennon pregunta por usted.

—Gracias, Evans. Pásame aquí la comunicación.

—Perdón, señora, pero se encuentra en el vestíbulo.

Edna dejó correr unos segundos, porque estaba sorprendida.

—Está bien; hazle pasar.

—Sí, señora.

El criado se marchó y Edna no se molestó en levantarse y en cerrar el circuito de T. V.

El cuarto estaba sumergido en la oscuridad, tan sólo iluminado

por la luz tenue procedente de la pantalla, por donde desfilaban las imágenes de un film rodado en Hollywood veinte años atrás.

Oyó que la puerta se abría y miró hacia aquel lado. Mike entró en la estancia y cerró a sus espaldas.

—Hola.

—Hola, Mike. Estoy aquí. ¿Me ves?

—Deja que acostumbre mis ojos a la oscuridad. Ella rió.

—No esperaba tu visita.

—Yo tampoco creí que te vería.

—Has estado a punto de encontrarte con mi marido.

—Entonces, he tenido suerte. Sólo quería hablar contigo.

—¿Cuál va a ser el tema?

—Mi hermano.

—Sigues con eso, ¿eh?

—Tengo mucho interés en aclarar todo aquello.

—Mike, eres muy aburrido.

—Ahora ya sé quién mató a Donald Stevens.

—Bueno, Mike. Si lo sabes, ¿por qué no acudes al jefe de policía?

—Habría sido muy tonto si lo hubiese hecho.

—¿Por qué?

—El jefe de policía, Duff Madigan, entró en aquella combinación.

—Oh, Mike —rió ella—. Todas las personas te parecen enemigas... Sólo falta que me digas que también lo es tu mujer.

—De modo que te has enterado.

—¿Has creído que podías tenerlo en secreto?

—No, no fue una ceremonia secreta y se lo dije a varias personas.

—No sabía que te gustasen las pérdidas, Mike.

—No deberías hablar así.

—Me gusta llamarlas por su nombre y ella, tu mujer, es una de esa clase. Fue ahora Mike quien rió.

—¿De qué te ríes? —preguntó ella.

—Estás celosa.

—No, Mike. Ahora no.

—Entonces, es que me odias.

—Quizá aciertes.

—Te voy a decir una cosa, Edna. Esa chica a quien tú desprecias, vale más que tú y que todo tu mundo. Es limpia. No está contaminada.

—Deberías hacerte guionista de la televisión. Yo te podría recomendar para la sección de chistes.

—Judy es una de las pocas personas sanas que he encontrado en mi camino. Aunque he de confesarte que sólo me casé con ella para evitar que me encerrasen.

—Pero piensas continuar con ella.

—No. Me divorciaré. —Mike dio un suspiro—. Pero yo no he venido aquí a hablar de mi matrimonio con Judy.

—Sí, ya lo dijiste antes. El tema era tu hermano y agregaste que conocías al asesino de Donald.

—Sí.

—¿Quién es?

—Tú, Edna. Tú mataste a Donald Stevens.

CAPÍTULO XII

En la estancia se hizo un silencio.

Los protagonistas del film televisado se dieron el último beso y la palabra fin apareció sobre sus caras.

Edna se puso en pie, cerró el circuito y dio vuelta al conmutador de la luz. La lámpara central de la sala se encendió.

Edna y Mike se miraron con los ojos un poco entornados.

—¿Qué has dicho, Mike?

—Tú mataste a Donald Stevens.

—¿De dónde has sacado eso?

—Me lo dijo el doctor Benet. Ella empezó a palidecer.

—El doctor Benet no ha podido decir tal cosa.

—¿Por qué no?

—Porque no es verdad.

—Y también me ha explicado por qué lo mataste.

—Estás mintiendo, Mike. Comprendo que es una trampa. Necesitas un culpable y lo quieres atrapar a cualquier precio. Pero no me meterás en tu cepo, porque todo lo que estás diciendo es una serie de tonterías.

—El doctor Benet dijo que ibas a tener un hijo de Donald Stevens. La joven apretó los dientes en un gesto de rabia.

—Es falso.

—Trataste de convencer a Donald para que se casase contigo, pero él te mandó al infierno.

—No.

—Es inútil que lo niegues.

—Tu hermano mató a Donald.

—No, dulzura. No fue él, sino tú. Johnny llegó a la cabaña de Donald cuando tú ya lo habías asesinado. Lo demás no me lo ha

contado el doctor Benet, pero puedo suponerlo.

—¿Qué es lo que has supuesto?

—Cuando mi hermano te sorprendió en la cabaña con el cadáver de Donald a tus pies debiste hacer una buena representación. Johnny no conocía el verdadero motivo, de modo que le colocaste uno falso. Le dijiste que habías ido allí para convencer a Donald respecto a la moratoria. Habías matado por él.

Edna dejó escapar el aire de sus pulmones mientras sus manos se crispaban sobre el brazo del sillón.

—Continúa, Mike.

—El bueno de Johnny te creyó. Te quería mucho y él no dudó un instante de que le estabas diciendo la verdad... Por eso decidió prepararlo todo para que pareciese un accidente... ¿O fue a ti a quien se le ocurrió?

La joven respiró agitadamente.

—Fue a mí —dijo.

—Gracias. Johnny sacó el cadáver de la casa para librarte de Johnny. Estoy seguro de que cuando te falló Donald como marido, pensaste en su hermano Jeff. Ahora comprendo que nunca te habrías casado con Johnny.

—Te voy a conceder que Johnny no matase a Donald, voy a admitir que lo maté yo...

Pero Johnny liquidó a Elliot, el jefe de policía y a Landis.

—No, pequeña.

—Claro que fue él.

—Me quieres amenazar con eso para imponerme silencio, ¿verdad?

—Tendrás que callar. Si yo soy una asesina, tu hermano también fue un criminal.

—No, nena. Johnny era inocente de la muerte de Donald y tampoco mató a Elliot ni a Landis. Eso fue cuenta de Duff Madigan, aunque él estaba en combinación contigo.

—¿Quién te ha contado esa parte? ¿También el doctor Benet?

—Sólo he empleado el sentido común después de saber que Johnny no había cometido el primer asesinato. Madigan había organizado una batida en la que intervinieron cien hombres. Sin embargo, fue él mismo quien disparó sobre Johnny en una cueva. Y obsérvalo, pequeña. Lo hizo después de haberse separado de los

hombres que lo acompañaban. Desde el primer momento tuve la impresión de que Madigan se había dirigido directamente a la gruta donde estaba mi hermano, lo cual quería decir una cosa, que él sabía dónde encontrarlo.

—¿Y por qué sabía dónde encontrarlo?

—Porque tú le habías señalado el lugar. La joven levantó la barbilla.

—No puedes probar eso.

—Duff Madigan era un hombre ambicioso y odiaba con todas sus fuerzas al jefe Elliot. Cuando el negro Hardin se presentó en la comisaría contando lo que había visto cerca de la cabaña de Stevens, el cerebro de Madigan empezó a trabajar aprisa. Todo lo que estaba ocurriendo podía tomar un giro insospechado. Madigan era muy amigo de Donald. Antes de marcharme, supe que Madigan llevaba chicas a la cabaña de Donald. Por tanto, Madigan tenía que estar al corriente de las relaciones entre Donald y tú y hasta es posible que Madigan hubiese escuchado alguna conversación entre vosotros. En resumen, él sabía que tú ibas a tener un hijo de Donald. Naturalmente en el momento en que el negro llegó a la comisaría, no sabía que fueses la asesina, pero Elliot colaboró a su propia muerte cuando envió a Madigan a tu casa para hablar contigo. Entonces Madigan se confió a ti poniendo por delante lo del hijo que ibas a tener de Donald. Eres una mujer tan calculadora como él y te diste cuenta de que sin la ayuda de Madigan se te iban a complicar mucho las cosas. Johnny podía ser un peligro para ti. ¿Quién te aseguraba que no iba a decir la verdad? En aquel momento supiste que te jugabas tu porvenir. Madigan te habló de la existencia del doctor Benet. Aquel médico lo podía arreglar todo. Y también Madigan conocía la forma de librarse de Johnny. Pero para ello habían de morir varios hombres aparte de Johnny. Tenían que morir Elliot y el agente Landis. Cuando los dos llegasteis a la comisaría, esas dos personas, Elliot y Landis estaban vivos, pero apuesto a que sólo Elliot estaba allí. Mientras el jefe hablaba contigo, Duff lo atacó por detrás y lo estranguló. Debió pasar así...

Mike guardó un silencio y prosiguió:

—Entonces entró Landis y Madigan se echó sobre él y lo desvaneció de un golpe, pero luego le siguió machacando la cabeza hasta que lo mató. Limpió la pistola con su pañuelo y pasasteis a

armar la segunda parte del plan.

—¿Cuál fue esa segunda parte?

—Proporcionar una supuesta fuga a Johnny. Tú fuiste a la celda de Johnny para convencerlo de que se largase. Puedo imaginar el cuadro. Le dijiste que habías dejado sin sentido a Duff y naturalmente el bueno de Duff estaría en el suelo inmóvil, simulando. Con toda seguridad, le dijiste la cueva donde debía ir a esconderse. Irías a recogerlo en tu coche para llevarlo a cualquier parte de la costa, desde donde él embarcaría con destino a cualquier país de Sudamérica. Tal como esperabas, Johnny picó, pero no lo hizo por sí mismo, sino por ti, porque de esa forma quedabas completamente limpia de culpa. Sí, confieso que te valiste de un buen arte para conseguir su aprobación.

Mike cerró los puños rabioso.

—Fue la trampa más miserable que se ha podido tender a un hombre. La mujer a quien Johnny amaba, a la que quería como mujer, era una perra traidora.

—Cálmate un poco, querido.

—Dijiste antes que esa chica, Judy, era una trotona. ¿Qué eres tú? Anda, dímelo.

—Una mujer que va a llegar donde se ha propuesto.

—Sí, dulzura. Vas a llegar a una parte. Yo te lo diré. Vas a llegar al patíbulo.

—No, Mike. No lo pisaré.

—¿Por qué estás tan segura?

—Tú no puedes hacer nada.

—Confesarás tus crímenes, Edna.

—No haré tal cosa.

—Te obligaré a ello aunque tenga que apretarte el cuello.

Edna dio media vuelta y echó a correr hacia el sillón donde había dejado su bolso. Cogió éste y empezó a abrirlo, extrayendo una pistola, pero Mike ya estaba a su lado y, atrapándola por la muñeca, se la retorció bruscamente.

Edna dejó caer el arma y se desplomó en el sillón, lanzando un gemido de dolor. Mike la aferró por el cuello.

—Quiero que confieses, Edna.

—Maldito seas... Suéltame. Mike comenzó a apretar.

De pronto sonó el teléfono. Mike relajó sus manos.

—Anda, contesta, Pero ten cuidado con lo que dices.

Edna se frotó el cuello mientras se dirigía hacia la mesa donde descansaba el auricular.

—¿Sí? Diga.

Permaneció un rato a la escucha y finalmente sus labios esbozaron una sonrisa.

—Está bien, gracias —dijo y colgó—. Bueno, Mike. No has tenido suerte.

—Eso es lo que quisieras, pero hasta ahora no me dejó de la mano.

—Admito que cogiste una buena racha, pero ahora te llegó la mala.

—Déjate de tonterías —dijo Mike y avanzó sobre ella.

—No me vuelvas a tocar.

—Eso va a depender de ti.

Ella retrocedió cuando él empezó a levantar las manos para alcanzarla otra vez por el cuello.

—Tenemos a tu mujer. Mike se detuvo de pronto.

—¿Qué dices?

—Estoy hablando de tu chica, de la pelirroja. Cayó *en* nuestras manos.

—Estás mintiendo. Es otra trampa como la que tendiste a Johnny.

—Duff Madigan la vio en la ciudad.

—¿Dónde está ella? —preguntó—. ¿En la cárcel?

—No, querido. Se trata de una detención muy particular. Madigan la llevó al «Paraíso».

Ahora ella está con Lucky Vegas.

—Así que tú también estás relacionada con esa podredumbre.

—Obligué a Madigan a que me cediese una parte.

—Tenías el dinero de tu marido.

—Siempre he querido ser una mujer independiente, y Jeff nunca ha colmado mis ambiciones.

—Muy bien. Coge ese teléfono y dile a Lucky Vegas que suelte a mi esposa.

—¿A cambio de qué?

—Guardaré silencio.

—¿A quién se la quieres pegar tú ahora? En cuanto tuvieses a tu

lado a la pelirroja empezarías a soltar todo lo que sabes. Aunque me lo jures por la Biblia no te creería, así que, ahórratelo. También me han dicho que el doctor Lucius Benet murió. Seguro que él no te dijo nada.

—No. No me lo dijo.

—Entonces, ¿cómo te las has arreglado para saberlo todo?

—El doctor tenía la costumbre de apuntar sus intervenciones en una agenda. Simple estadística para llevar la contabilidad de sus finanzas. Tu nombre figura en la libreta. Y por añadidura, Benet agregó una aclaración. Tras de tu nombre había colocado entre paréntesis estas palabras: «Hijo de Donald Stevens».

—Eres un gran detective. Así que, a partir de ese descubrimiento sacaste tus conclusiones.

—Sí, Edna.

—Muy bien, Mike. Iremos al «Paraíso» para que recojas tu premio. Y como será una ceremonia excepcional, dejaré que asista tu mujer.

CAPÍTULO XIII

Edna apretó un botón después de salir de la jaula del ascensor.

La puerta se abrió y Mike se metió en un despacho con paredes acolchadas, a prueba de ruidos.

Inmediatamente unas manos lo atraparon por la espalda y lo despojaron de las dos armas que conservaba sobre él.

Mike miró hacia el fondo. En un sillón se encontraba sentada Judy.

Tras de la mesa había sentado un tipo de cutis aceitunado, cabello muy negro y ojos de color azul. Se cabría con un elegante traje de rayas.

Ed Masterson estaba a la derecha.

—Bueno, aquí lo tiene, jefe.

Lucky Vegas observó atentamente a Mike.

—De modo que tú eres el muchacho que los ha vuelto locos a todos. Una puerta se abrió al fondo y entró Duff Madigan en la estancia.

Mike dirigió una mirada a su alrededor, observando las caras de todos.

—No se podría lograr una reunión mejor. Todo lo podrido de la ciudad entre cuatro paredes.

El tipo que había detrás de Mike le golpeó en la cabeza.

Mike se desplomó de rodillas en el suelo, oyendo el grito que daba Judy. Sacudió la cabeza y empezó a levantarse.

Lucky Vegas le sonrió.

—Usted es muy duro, amigo, pero no debería decir ciertas cosas.

Mike caminó hacia él y se detuvo, frotándose en el lugar donde había recibido el golpe.

—Está bien, Lucky. Lo creo a usted un hombre con sensatez.

Lucky se echó, sonriendo, sobre el respaldo de la silla.

—Me da en la nariz que me va a proponer algo.

—Seguro.

—¿Qué es ello, Mike?

—No hace falta que nos maten, Lucky.

—¿Por qué no?

—No podemos probar nada contra ustedes. Ni siguiera contra Edna. Lucky miró a la joven.

—¿Es cierto, Edna?

—Está claro que no podrían probar nada ante los tribunales, pero con sólo que escribiese una carta a mi marido, Jeff llegaría a la conclusión de que yo maté a su hermano. Han de morir.

Lucky observó otra vez a Mike.

—Bueno, Lennon. Ya lo ha oído. Al parecer, usted se ha enterado de muchas cosas y nuestra organización no puede permitirse el lujo de dejarle correr con la pelota —hizo una pausa—. Llevadlo al sótano y después de haber hecho el trabajo, tiradlos al lago.

—Es cuestión mía, jefe —dijo Ed Masterson.

Sacó la pistola e hizo una señal al hombre que había detrás.

Mike lo vio pasar por su lado. Era Sloan Lloyd, el retrasado mental.

—Vamos, nena —dijo a Judy—. Ya te llegó la hora.

Judy se puso en pie y acudió al lado de Mike, colgándose de su brazo. Madigan sonrió.

—Bueno, Mike. Ya te advertí que tu presencia en esta ciudad no era grata. Si te hubieses marchado, podías haber conservado la vida.

Mike le esculpió a la cara.

El jefe de Policía lanzó un rugido, pero se quedó quieto porque Judy y Mike ya se dirigían a la puerta.

Descendieron en el ascensor y cruzaron por una puerta. Masterson y Sloan los vigilaban atentamente.

Sloan cerró la puerta tras de sí y el grupo bajó por una escalera de piedra.

En primer lugar iba Masterson, pegado a la pared, vuelto hacia los prisioneros. Sloan cerraba el desfile.

De pronto, al llegar abajo, Judy saltó hacia adelante y se

apoderó de la mano armada de Sloan.

Mike era rápido de reflejos y se lanzó sobre Masterson.

Lo atrapó por el cuello y le golpeó la cabeza salvajemente contra el muro. Se oyó un terrible crujido porque el cráneo de Ed se había resquebrajado. El *gángster* puso los ojos en blanco y empezó a desplomarse.

Judy y Sloan habían perdido el equilibrio y estaban rodando por el piso.

Mike pegó un enorme patadón en el cuello de Sloan y el tipo soltó a Judy y su cara empezó a ponerse cárdena porque se estaba ahogando. Por un momento pareció que los ojos le iban a salir de las órbitas y finalmente hizo una terrible mueca y se desvaneció.

Todo había ocurrido en unos cuantos segundos.

Mike cogió una de las pistolas y echó a correr escaleras arriba.

—Eh, Mike. No me dejes sola.

Mike abrió la puerta y los dos se dirigieron al ascensor.

Subieron en la jaula, y Mike abrió de golpe la puerta por donde poco antes habían salido en plan de víctimas.

Edna Stevens, Lucky Vegas y Duff Madigan continuaban allí y los tres se quedaron perplejos al aparecer Judy y Mike.

Lucky echó mano a la pistola.

—Quieto, jefe —gritó Mike. Pero Madigan no le obedeció.

Mike apretó el gatillo y la bala destrozó la diestra de Madigan y después se le enterró en el pecho, enviándolo al suelo.

Madigan disparó sin apuntar.

La bala entró por la espalda de Edna, lanzándola contra la mesa. Se aferró allí y levantó la cara con los ojos desencajados.

—¡Mike! —gritó.

Se quedó un rato quieta mientras su rostro se crispaba en un gesto de dolor y luego se desplomó en el suelo, quedando inerte.

Mike avanzó hacia Madigan y le quitó la pistola.

—Mike, tú ganaste —dijo el jefe de Policía, que estaba moribundo.

—¿Le importaría confesar, Madigan?

—Ahora no.

—Escriba, Lucky —dijo Mike.

—¿Qué es lo que tengo que escribir?

—Madigan y Edna Miller, puestos de acuerdo, dieron muerte a

Elliot Walker, antiguo jefe de Policía, y al agente Ernest Landis. Previamente, Edna había matado a Donald Stevens. Los dos se confabularon para que John Lennon cargase con el trabajo. Escriba todo eso, rápido.

Lucky Vegas cogió una estilográfica y se puso a escribir en una hoja de papel.

Luego Mike cogió el papel, leyó su contenido y, encontrándolo conforme, lo pasó a Madigan para que lo Orinase. El moribundo así lo hizo.

—Bueno —dijo Lucky Vegas—. No tiene nada contra mí.

—Usted no participó en los crímenes que yo he investigado, Lucky, pero tendrá que responder por sus delitos ante la Brigada de Represión del Vicio.

—No, muchacho. Usted no hará eso.

—Claro que puedo. Vigílalo bien, Judy.

Mike descolgó el auricular y marcó un número. Cuando se estableció la comunicación habló por el micro.

—¿Fred? Ya puedes venir. Todo está resuelto... Por favor, avisa a una ambulancia... Hay un herido grave. ¿Lucky Vegas...? Sí, también está atrapado.

Mike colgó.

—¿Quién es ese Fred con el qué has hablado? —preguntó Judy.

—Fred McKinley, un antiguo compañero del servicio militar. Desde hace cinco años es policía del Estado, Le puse al corriente de lo que intentaba hacer cuando pasé por Atlanta en mi camino a esta ciudad. Fred prometió echarme un cable y llegó casi al mismo tiempo que yo. Sólo que él utilizó el ferrocarril. He hecho la llamada al hotel donde se hospeda —miró a Lucky Vegas—. El se hará cargo de usted. ¿Sabe que mi amigo Fred tenía muchas ganas de meterle mano?

—Ya lo sé. Vino unas cuantas veces por aquí. Pero ahora tampoco podrá.

—Sí, ahora sí. Ya puede estar seguro de que después de la muerte de Anette Karina, muchas de las chicas van a hablar, especialmente si mi amigo Fred les promete protección. Se acabó su reinado, Lucky.

Judy terminó de lavarse los dientes en el departamento del coche cama. Se cubría con un pijama.

Salió del lavabo y se disponía a acostarse cuando de pronto llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Yo, Mike.

Ella le abrió la puerta.

—¿Puedo pasar? —dijo él.

—Sí.

El pasó al interior. También venía en pijama. Su apartamento era el de al lado.

—Se me ha olvidado el lugar donde nos tenemos que divorciar.

—Dijiste que en Kensington, donde llegaremos a las seis.

—Ah, sí, es verdad. —Mike se rascó el cogote—. Bueno, ¿qué vas a hacer cuando llegues a Nueva York?

—Empegaré a visitar las agencias teatrales. Ya encontraré trabajo en algún sitio.

—Sigues queriendo ser cantante, ¿eh?

—Desde luego.

—Se me estaba ocurriendo una cosa.

—¿El qué?

—Creo que te gustaría mucho aprender las canciones que cantan allá... en Borneo.

—¿En Borneo?

—Sí.

Ella hizo un gesto de sorpresa.

—¡Mike! ¿Te estás declarando? Él le sonrió.

—Me temo que sí.

Judy lanzó un grito y se colgó del cuello del hombre. Mike la apretó contra sí y empezó a besarla en la boca.

Mientras hacía eso, alargó la otra mano y apagó la luz.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).